

FORMULA. PARA DESTRUIR UN PLANETA

CLARK CARRADOS

Fórmula para destruir un planeta

CLARK CARRADOS

Fórmula para destruir un planeta

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Alvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 22.957 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo Primero

Volvió la cabeza una vez más y masculló un juramento a media voz. Sí, aún seguían sus pasos aquellos malditos sabuesos.

Y el coronel Fert-Tsu, en cabeza. Eric Allen se dijo que, a menos que no consiguiese eludir la persecución, podía darse por perdido.

Fert-Tsu tenía procedimientos especiales para hacer hablar a sus prisioneros. Decía que no había lengua rebelde para él.

Allen no tenía el menor deseo de comparar la exactitud de aquel dicho. Todo su interés se centraba en esfumarse cuanto antes.

Pero, ¡maldita sea! ¿es que no iba a haber algún lugar apropiado en toda la extensión de la avenida?

Fert-Tsu y sus esbirros caminaban despacio, al mismo ritmo que él. Al perseguido le parecía que Fert-Tsu demoraba la captura, saboreando sádicamente el terror de su víctima, gozándose en dilatar el momento de la aprehensión, para influir así en los nervios de su perseguido. Incluso podía haberlo matado allí mismo.

Pero la avenida estaba sumamente concurrida e incluso un tipo como Fert-Tsu debía tener en cuenta la opinión pública. En un tiroteo, podían producirse víctimas inocentes y la fama de la omnipotente Policía de Seguridad Planetaria no era ya demasiado buena como para permitirse el lujo de un desliz semejante.

De repente, Allen vio algo que le infundió ciertas esperanzas. Era el rótulo de una tienda.

Se vendían objetos artísticos procedentes de la Tierra. Reproducciones exactas de cuadros y estatuas lamosos, delicadas figurillas de vidrio y porcelana... era una clase de comercio que tenía bastante éxito entre las clases adineradas de Katschuk. Resultaba imposible tener los originales, pero las copias no desmerecían en absoluto.

El dueño de la tienda estaba ya a punto de echar el cierre. Sin vacilar, Allen giró a su izquierda y penetró en el local.

—Me persiguen —dijo simplemente.

Ben Hassin dirigió una penetrante mirada al recién llegado.

—¿La P.S.P.? —preguntó.

—Sí, con Fert-Tsu a la cabeza. Escóndame, se lo ruego.

Hassin hizo un signo de aquiescencia.

—Correré el riesgo —accedió.

* * *

El coronel Fert-Tsu entró en la tienda, seguido por dos de sus agentes. Otros dos quedaron en la puerta, a ambos lados de la misma.

—¿Señor? —dijo Hassin cortésmente—. ¿En qué puedo servirle?

Fert-Tsu demoró la respuesta un segundo. Era un hombrón de más de dos metros de altura y cien kilos de peso. Parecía un bruto, pero poseía una inteligencia excepcional.

—¿Dónde está? —preguntó.

Hassin enarcó las cejas.

—¿Quién? —preguntó.

—Vamos, vamos, no se haga el desentendido. ¿Quiere que le revoquen la licencia de comerciante? ¿Quiere que le devuelvan a su maldito planeta en la bodega de una astronave de carga? Dígame dónde ha escondido a ese maldito ladrón y cerraré los ojos a sus trapacerías. Hassin, usted y yo nos conocemos de sobra para engañarnos, ¿estamos?

Hassin sonrió melifluamente. Comparado con su interlocutor, parecía un enano.

—Coronel, admito que ese sujeto a quién usted persigue ha estado en mi local —dijo—. Pero se ha ido.

—¿Se ha ido? —repitió Fert-Tsu.

—Por la puerta trasera. Compruébelo, si no me cree.

Fert-Tsu dudó un momento. Luego hizo un ademán:

—Regístrenlo todo —ordenó a sus agentes.

Hassin no se inmutó.

—¿Me permite ofrecerle una copa de coñac terrestre, coronel? —sugirió.

—Váyase al diablo —bufó Fert-Tsu.

Hassin sonreía maliciosamente.

—Coronel, ¿está seguro de que el hombre a quién perseguía era un ladrón?

Fert-Tsu se volvió rápidamente hacia el terrestre.

—Lo dicho, dicho está —contestó en tono seco.

—Puede que Allen sea un ladrón, pero no precisamente de objetos materiales. Con permiso, coronel.

Hassin sacó una cajita de debajo de su túnica, la abrió, tomó con dos dedos una píldora verdosa de las allí contenidas y se la echó a la boca.

—Pastillas de menta —explicó—. Tengo la garganta sumamente irritada. ¿Quiere una, coronel?

—No —contestó Fert-Tsu.

Hassin sonrió, mientras saboreaba la pastilla.

—Allen no ha robado nada material —manifestó—. Pero a usted no le ha gustado que le suplantase en el disfrute de los favores de la bella…

—¡Cierre el pico, maldito terrestre! —tronó Fert-Tsu—. ¡No calumnie con su inmunda baba a ninguna honesta kastchukiana!

—¡Je, je! —rio Hassin ladinamente.

De repente, Fert-Tsu reparó en uno de los objetos que se vendían en la tienda. Era una copia exacta de un sarcófago egipcio, de la época de los faraones.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Esto es un sarcófago de la XXII dinastía…

—¿Puede abrirse?

—Oh, claro que sí, coronel. Espere, yo mismo… Fert-Tsu extendió la mano.

—¡No! Lo haré yo —exclamó tajantemente.

Levantó la tapa de la funda de su pistola y sacó el arma. Luego, con la otra mano, hizo girar la tapa del sarcófago.

—¡Allen! ¡Salga de…! —gritó, mientras abría el sarcófago.

Pero no pudo completar la frase. Hassin sonreía con gesto malicioso.

—Está vacío, coronel —dijo.

Fert-Tsu cerró de un portazo.

—¡Allen entró aquí! —bramó.

—Pero se fue por la puerta trasera —insistió Hassin.

Los dos guardias llegaron en aquel momento.

—Señor, el delincuente se ha fugado —informó uno de ellos.

Fert-Tsu miró de soslayo al comerciante.

—Debo aceptar su palabra, Hassin —dijo—. Pero si llego a probar que le ha ayudado a escapar, se lo haré pagar muy caro —amenazó.

Hassin se encogió de hombros.

—Y todo por una mujer —suspiró.

—Hay algo más —gruñó Fert-Tsu, haciendo rechinar sus dientes —. Usted lo sabe bien, Hassin, aunque se haga el disimulado.

—Pero el motivo básico es una mujer. De lo contrario, Allen le importaría a usted un pimiento, ¿no es así?

Fert-Tsu apretó los labios.

—No quiero seguir hablando más —dijo—. Vámonos.

Instantes después, Hassin se quedaba solo y cerraba la tienda.

Una apagada risita brotó de sus labios.

—En la Tierra o en cualquier parte de la Galaxia, los hombres somos iguales. No hay mejor motor de nuestras acciones que un bello rostro de mujer —musitó con sentencioso acento.

* * *

Hassin se acercó al sarcófago y abrió la tapa. Allen le miró desde el interior.

—Creí que me iba a asfixiar —dijo.

—Salga —invitó el comerciante—. Ya no hay peligro.

—¡Hum! No me fío —dijo Allen. Desde el exterior, miró el sarcófago con expresión admirativa—. Un buen truco el del ascensor en la base —calificó—. ¿A cuántos ha escondido antes que a mí?

Hassin contestó directamente. Movió la mano y dijo:

—Venga, sígame; voy a cobrarme el precio de su salvación.

—Vaya —resopló Allen—. Yo creí que lo había hecho gratis, en honor a un compatriota.

—La palabra gratis está excluida de mi léxico —respondió Hassin sin inmutarse—. Siéntese.

Estaban en la trasera de la tienda, en una pequeña pieza que era cocina y comedor al mismo tiempo. Hassin sacó una bandeja con bocadillos y una botella de cerveza.

—Coma —dijo—. Es joven y lo necesita.

—Gracias, Ben —replicó Allen—. De modo que tengo que pagarle el favor de haberme escondido.

Allen soltó una alegre carcajada.

—Sí, el coronel estaba muy irritado. Usted conoce mejor que yo los motivos, ¿verdad?

—¿Qué quiere usted que yo le haga? Ella me prefirió a mí —respondió.

—Sí, pero Fert-Tsu no le perseguía solamente por celos, aunque ese fuese el motivo aparente. ¿Me equivoco?

—Se equivoca —contestó Allen.

Hassin levantó los hombros.

—Como quiera —respondió—. Sus trapicheos amorosos y de otro género no me importan en absoluto. Lo que sí quiero, repito, es cobrarme el favor.

—¿Cómo he de pagárselo, Ben?

—Llevando un mensaje, Eric.

Allen arqueó las cejas.

—¿Para qué está el correo? —preguntó.

—Para mensajes ordinarios, por supuesto —dijo Hassin—. Pero

no para el que yo necesito enviar.

—¿Dónde y a quién?

—En Tsulstaia y a una mujer llamada Thalia Gazna —contestó Hassin.

Allen se disponía a beber un trago de cerveza, pero suspendió el gesto al oír aquellas palabras.

—Thalia Gazna —repitió—. ¿No es esa mujer a la que todo el mundo llama «La Reina de los Ladrones Katschukianos»?

—Exactamente —confirmó Hassin sin pestañear—. La misma, Allen.

Capítulo II

Allen terminó la cerveza y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Tsulstaia está a dos mil quinientos kilómetros —dijo.

—Sí —admitió Hassin, impasible.

—Demasiado lejos.

—Tome el ferrocarril. Llegará en menos de tres horas.

—Estoy sin dinero —objetó Allen.

Hassin soltó una irónica carcajada.

—¿Qué hacía la bella Kilda? —exclamó.

Allen enrojeció.

—Nunca me ha gustado aceptar dinero de las mujeres —refunfuñó.

—Deje a un lado ese aspecto de ofendida dignidad. Usted no conoce el significado de la palabra moral —añadió Hassin crudamente—. Lo que pasa es que tuvo que salir corriendo de la habitación de Kilda; de haber podido marcharse sin prisas, le habría vaciado la bolsa.

—Está bien, está bien —gruñó Allen de mal talante—. Usted lo sabe todo, a lo que parece.

—Sí, lo sé. Por eso le protegí contra Fert-Tsu. Y por eso quiero que me pague el favor.

—Pero yo puedo decirle que lo haré y luego olvidarme...

—Usted llevará el mensaje, Eric.

—Muy seguro está de mí —sonrió Allen.

—¿Quiere que llame a la P.S.P?

Allen se puso rígido.

—Le diré que voy a ir a Tsulstaia y luego no iré —contestó.

Hassin no pareció enojarse por la respuesta.

—Usted es un tipo que actúa solo por dinero —contestó desdeñosamente—. Le pagaré cinco mil denarios por llevar el mensaje. Más el billete del ferrocarril.

—No está mal. Cinco mil denarios... considerando que tengo los bolsillos llenos de pelusilla. Bien, ¿y qué he de decirle a la bella Thalia Gazna?

Hassin introdujo la mano en el interior de su túnica y sacó un rectángulo alargado de papel azul claro.

—Dele esto solamente —respondió—. Ella sabe el resto.

Allen examinó el papel. Era un cheque contra el Banco Planetario de Katschuk y su importe le puso los pelos de punta.

—¡Diez millones de denarios! —exclamó.

—Ni una décima menos —contestó Hassin, imperturbable.

—Está a nombre de Thalia.

—Sí, de este modo, se evita que sea otro el que lo cobre.

Allen miró aturdidamente a su interlocutor.

—Pero ¿qué diablos es lo que tiene Thalia Gazna que pueda valer diez millones? —exclamó.

—Eso es cosa que solo a ella y a mí nos concierne —replicó Hassin en tono glacial.

* * *

El dueño de «La Alegría del Astronauta» era amigo de Allen.

—Fert-Tsu anda buscándote como loco —dijo, mientras le servía una copa de licor.

—Lo sé —contestó Allen sin pestañear.

—Si te echa el guante, considérate perdido, Eric.

—Tendré buen cuidado en que eso no suceda, Mrormo —dijo Allen—. Escucha, quiero hacerte un par de preguntas.

—Adelante, Eric —accedió Mrormo.

—Se trata de Thalia Gazna. Tú has oído hablar de ella.

Mrormo soltó una risita.

—Está retirada del oficio. ¡A los veinticinco años!

¡Figúrate!

—¿Por qué se retiró? ¿Lo sabes tú?

—Hizo un pacto con el gobierno.

—¿De veras?

Mrormo movió ligeramente la cabeza.

—Indulto total a cambio de quietud definitiva —respondió.

—Y, de este modo, el gobierno se quitó de en medio un peligroso elemento.

—Bueno —sonrió el dueño del local—, la verdad es que, en uno de sus «trabajos», Thalia se tropezó con unas fotografías comprometedoras del Primer Ministro.

—¿Heruin Khi?

—El mismo.

—Y ¿qué pasó?

—No se sabe con exactitud, pero Thalia compró su indulto con las fotografías. Contra la opinión del jefe de la P.S.P., naturalmente.

—A quien ese indulto no debió de agradar en absoluto.

Mrormo se encogió de hombros.

—Eso parece. Oye, ¿qué diablos de interés es el que tienes por Thalia? —preguntó.

Allen sonrió de lado.

—Voy a hacerle una visita —contestó.

Mrormo meneó la cabeza.

—Si consigues entrevistarte con ella, podrás beber en mi local gratis durante un año, todo lo que quieras e invitando, además, a la persona de tu agrado —dijo.

—¿Tan difícil es ver a esa mujer?

—Difícil, no; imposible —respondió Mrormo.

* * *

Allen se detuvo en la esquina, miró a derecha e izquierda y luego se metió por una callejuela estrecha y mal iluminada.

Era sorprendente la semejanza que, en algunos casos, existían entre aquel planeta y la Tierra, pensó. Claro que, a fin de cuentas, donde vivían seres humanos, las diferencias en el medio ambiente, cuando se trataba de planetas con atmósfera y superficie semejantes a las terrestres, no podían ser excesivamente notorias.

A los pocos pasos, encontró una puertecita. Pegado de espaldas a ella, para ver bien cualquier movimiento extrañó en la calleja, dio tres o cuatro golpes en la superficie de tablas de plástico endurecido que simulaba madera.

Esperó un momento. A poco, la puerta se abrió y una silueta de mujer apareció en ella.

—¿Eric?

—El mismo, hermosa —contestó Allen sonriendo—. Voy a dejar la ciudad unos días y no quiero irme sin despedirme de ti...

—Está bien, te deseo buen viaje...

Allen frunció el ceño.

—¿Qué te pasa, Kilda? —dijo—. Parece que no te sientes muy contenta de verme.

—Es que...

Allen la apartó a un lado.

—¿Quién está contigo ahí adentro? —preguntó de mal humor.

—Nadie, te juro que...

Allen dio dos pasos más. De pronto, algo duro cayó sobre su cabeza.

Las rodillas se le doblaron. La voz de Kilda se alejó rápidamente:

—Te lo dije, imbécil. No debías...

Allen ya no oyó nada más, porque había perdido el conocimiento.

Despertó poco a poco, sintiendo oleadas concéntricas de dolor que iban y venían en torno a su cabeza. Percibió un resplandor y abrió los ojos.

Fert-Tsu estaba delante de él, las manos en las caderas y los pies ligeramente separados, sonriendo con expresión burlona.

—¿Se le pasa ya? —preguntó.

Allen hizo un esfuerzo y consiguió sentarse en el diván. Paseó la mirada a su alrededor, dándose cuenta de que estaba en una de las habitaciones de la casa de Kilda.

Ella estaba sentada en el extremo opuesto, pálida, con expresión de enojo, mordiéndose los labios casi de continuo. Allen dejó de mirarla y fijó su vista en el coronel Fert-Tsu.

—Me figuré qué volvería aquí —explicó Fert-Tsu—. Por eso me aposté a esperarle.

—Ya —murmuró Allen desanimadamente—. He caído en sus garras, coronel.

—Aunque metafórica, la frase es correcta —sonrió Fert-Tsu. De pronto, alargó su mano derecha y preguntó—: Dígame, Allen, ¿qué significa esto?

Allen se quedó helado. Aquel trozo de papel que Fert-Tsu le enseñaba era el cheque de diez millones de denarios.

—No sé nada —mintió.

Fert-Tsu se le acercó y lo izó en vilo con una sola mano.

—Hable —pidió con voz baja y concentrada—. Hable o lo destrozaré aquí mismo. ¿Le dio Hassin este cheque?

Allen se rindió.

—De nada serviría negarlo —contestó—. Sí, él me lo dio.

—¿Por qué?

—Dijo que tenía que entregárselo a Thalia Gazna. No sé más.

—¿Seguro, Allen?

—Seguro, coronel.

La mano de Fert-Tsu se aflojó. Allen volvió a caer sobre el diván.

—Está bien —dijo—. Voy a hacer un trato con usted, Eric.

—¿Qué clase de trato?

El cheque revoloteó por los aires.

—Entrégueselo a su destinataria, eso es todo —dijo el coronel.

Allen miró asombrado a Fert-Tsu.

—¿Nada más? —preguntó.

—Nada más. Del resto me encargo yo.

Allen meditó unos instantes. Las intenciones de Fert-Tsu eran fácilmente adivinables.

Se inclinó, recogió el cheque y lo guardó de nuevo.

—Está bien. Lo entregaré a su dueña —prometió.

—Eso espero —sonrió Fert-Tsu—. Así se evitará un serio contratiempo.

—Como, por ejemplo…

La enorme mano de Fert-Tsu palmeó la funda de su pistola.

—Un disparo de este cacharrito que llevo colgado del cinturón —contestó.

—Las condiciones son inmejorables —calificó.

Allen se puso en pie.

—Yo también pienso lo mismo —sonrió Fert-Tsu—. Una cosa, Allen, no repita a nadie lo que piensa hacer. Ni tampoco mencione esta entrevista.

—Soy una tumba, coronel.

—Lo celebro infinito. Ahora, lárguese.

—Había venido a despedirme de…

—Ya se ha despedido de ella —le cortó Fert-Tsu fríamente.

Allen miró a la mujer.

—Kilda le gustó siempre a usted —dijo.

—Es cierto. Ahora me quedaré con ella —añadió Fert-Tsu.

—¿Qué dices tú, Kilda?

La mujer se encogió de hombros.

—¿Tengo otra salida? —contestó.

—Es verdad —suspiró Allen—. Mi bendición para ambos.

Y se dirigió hacia la puerta, pero, antes de salir, se volvió había Fert-Tsu.

—Coronel, ¿se trata de un asunto de importancia? —preguntó.

—Su misión es entregar el cheque y no hacer preguntas —dijo Fert-Tsu de forma tajante.

Capítulo III

El suave tañido de una campana de alarma despertó a Ben Hassin. El comerciante encendió la luz y apartó las sábanas a un lado.

Algún ladrón había entrado en la tienda, se dijo, mientras sacaba una pistola del cajón de la mesilla de noche. No era la primera vez que le sucedía una cosa semejante.

Se calzó unas zapatillas y atravesó el dormitorio. Abrió la puerta y emprendió el descenso al piso inferior, donde tenía la tienda.

Encendió las luces al llegar abajo. Todo parecía en orden.

—Quizá el ladrón se dio cuenta de que había una alarma y escapó —se dijo.

Y entonces fue cuando oyó una voz conocida a sus espaldas.

—Un poco incómodos estos sillones Luis XVI —dijo el coronel Fert-Tsu—. Aunque son elegantes, desde luego.

Hassin se volvió lentamente.

—Coronel —murmuró.

—Yo mismo —sonrió Fert-Tsu.

—La hora es un poco incómoda para una entrevista, ¿no le parece? —se quejó el comerciante.

—Lo siento, no me ha sido posible venir antes. Hassin respiró con fuerza.

—Está bien. Dígame qué es lo que quiere, coronel —pidió.

—Solo una cosa muy sencilla: conocer los motivos que le impulsan a pagar diez millones a la ex reina de los ladrones.

—No sé nada...

—He tenido el cheque en mis manos, de modo que dígame la verdad, Hassin. ¿Por qué se desprende de una suma exorbitante? ¿Qué espera conseguir?

—¿Espera acaso que se lo diga?

—No, pero me ahorraría mucho trabajo.

—Lo siento.

—Más lo siento yo, pero por usted —sonrió Fert-Tsu.

Inesperadamente, Hassin apretó el gatillo de su pistola. Salió el disparo, pero no pasó nada.

Fert-Tsu sonreía.

—¿Pensó que me sorprendería desprevenido? —dijo—. Estoy protegido por un escudo de energía que me hace invulnerable a

cualquier arma. Pero mi pistola sí actúa de dentro afuera —agregó, a la vez que desenfundaba el arma.

Hassin dio media vuelta e intentó escapar. El proyectil salido de la pistola de Fert-Tsu fue más rápido.

Hassin sintió que un intenso frío se apoderaba de su cuerpo. Sus movimientos se hicieron cada vez más lentos, hasta detenerse del todo. Para entonces, ya había perdido el conocimiento.

Fert-Tsu se puso en pie. Enfundó la pistola y se acercó al inmóvil comerciante.

Estuvo contemplándolo durante unos segundos. Luego, de pronto, le dio un suave empujón con la mano derecha.

Hassin cayó al suelo y se rompió en miles de fragmentos, que resonaron casi musicalmente. Fert-Tsu sonreía complacido.

—Estos proyectiles congelantes son magníficos —murmuró.

Luego se dirigió hacia la salida. Apagó las luces a la vez que, como epitafio para Hassin, decía:

—Un conspirador menos.

* * *

El tren-proyectil volaba por el interior del túnel transparente que le permitía velocidades cercanas a los mil kilómetros por hora. Sentado en uno de los asientos, Eric Allen contemplaba con indiferencia el bello paisaje que desfilaba rápidamente ante la ventanilla.

Varios asientos más atrás, Fert-Tsu vigilaba con atención los menores movimientos de Allen. El viajero no había abandonado su asiento desde que lo ocupase en la estación de partida.

El convoy empezó a refrenar su marcha gradualmente. Momentos después, se detenía en una estación.

Bajaron algunos viajeros. Subieron otros. De pronto, Fert-Tsu enarcó las cejas.

Aquella hermosa joven que acababa de entrar en el vagón, ¿no era la ex reina de los ladrones?

Sí, era Thalia Gazna, se confirmó mentalmente Fert-Tsu. No solo el rostro, sino incluso la silueta de Thalia resultaban inconfundibles.

Era una joven alta, delgada en apariencia, pero con las curvas imprescindibles para hacer resaltar su acusada femineidad; de cabello como ala de cuervo, abundante y bien peinado, tez clara y ojos verdes. La elegancia de su indumentaria hacía resaltar aún más la figura de la joven.

El tren reanudó su marcha. Thalia dejó sobre la rejilla un

pequeño maletín que llevaba y ocupó su asiento. Fert-Tsu frunció el ceño.

¿Casualidad? se preguntó.

Poco a poco, el convoy fue adquiriendo velocidad, en el interior de aquel cilindro transparente de energía, que le permitía moverse suspendido en el aire, eliminando toda fricción de rodamientos. El escudo frontal de energía de la locomotora eliminaba asimismo la resistencia de la atmósfera.

De no mirar a través de la ventanilla, se habría dicho que el tren permanecía inmóvil, tal era la suavidad de su desplazamiento, que en pocos momentos rebasó los mil kilómetros a la hora. El convoy pasó como una exhalación a través de un enorme desfiladero y salió a una extensa y fértil llanura.

Fert-Tsu continuaba preocupado por la inesperada presencia de Thalia en el tren. De pronto, vio que Allen se ponía en pie.

La alarma invadió su ánimo. Allen se dirigió hacia la puerta del vagón que comunicaba con la sección de aseos.

Fert-Tsu se puso en pie instantáneamente y siguió a Allen. Le vio entrar en los lavabos y él penetró allí un instante después.

—Allen —llamó.

El hombre no se volvió. Estaba forcejeando con la puerta exterior del vagón.

—¡Eh! —gritó Fert-Tsu, alarmado—. ¿Qué diablos está haciendo?

Allen no le hizo el menor caso. Descorrió la puerta y se lanzó fuera.

Casi en el acto, se produjo un vivísimo chispazo. Allen desapareció abrasado al chocar con la pared del cilindro de energía.

—El diablo lo entiende —masculló furioso Fert-Tsu—. ¿Por qué rayos tuvo que suicidarse?

Dominando la rabia que sentía, cerró la puerta de nuevo. Ya no podría saber cuál era el objeto del cheque que Thalia debía recibir de manos de Eric Allen.

* * *

En Katschuk se conocía a Tsulstaia como la «ciudad de los ricos». Estaba situada en un paraje privilegiado, con hermosas vistas a una serie de lagos que había en los alrededores, entre montañas y valles cubiertos de vegetación en toda época del año. Las casas eran lujosas y provistas de todas las comodidades imaginables.

Un taxi monorrueda llevó a Thalia desde la estación del

ferrocarril hasta su residencia, situada en la ladera de una colina que dominaba una vista espléndida. La casa estaba edificada sobre un pilar cilíndrico, en el interior del cual corrían todas las canalizaciones de agua y energía y en el que, además, estaba el motor que hacía girar el edificio siguiendo al sol de Katschuk, si su inquilino así lo deseaba.

A Thalia no le gustaban los intrusos; por eso había hecho rodear su propiedad con una elevada tapia de mampostería, cuyo borde estaba protegido por una línea de energía. La puerta de acceso se abrió automáticamente al aproximarse ella. La cerradura funcionaba de acuerdo con la cantidad de electricidad que generaba su propio cerebro y nadie más habría podido abrirla.

Thalia cruzó el jardín, mientras el conductor del taxi acarreaba sus maletas. Una vez estuvieron al pie de la casa, se volvió, abrió el bolso y entregó un billete como pago del servicio.

—Ponga las maletas ahí —indicó—. Guárdese la vuelta.

—Mil gracias, señora —contestó el hombre.

Las maletas quedaron sobre un cuadrado de metal. El chófer se alejó y la puerta del jardín se cerró automáticamente.

Thalia se situó sobre el cuadrado, que, en el acto, se elevó a las alturas. Instantes después, se hallaba en el salón de su casa.

Inmediatamente, Thalia se dirigió al cuarto de baño. Después de una rápida ducha, se secó y se puso una cómoda prenda de una sola pieza. Descalza, con el pelo suelto, que le llegaba hasta la cintura, abandonó el dormitorio y se dirigió hacia el salón, con ánimo de prepararse una copa de vino.

Entonces fue cuando vio al hombre sentado en un sillón.

Thalia se detuvo en seco.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

Allen se puso en pie.

—Me figuré que vendría a tomar una copa —dijo—. Yo me he permitido prepararla para ambos.

Tenía las copas llenas en un aparador próximo. Con ellas en las manos, se acercó a la joven y declaró:

—Una hermosura supera a toda descripción, incluso gráfica. Señorita Gazna, permítame que brinde por usted.

—Todavía no me ha dicho su nombre ni qué es lo que pretende de mí —contestó Thalia secamente.

Allen tomó un sorbo de vino. Chasqueó la lengua y sonrió:

—Me llamo Eric Allen —respondió—. En cuanto a los motivos de mi visita le diré que he venido a traerle un cheque de diez millones.

Ella le miró estupefacta.

—¡Diez millones! —repitió.

—Así es —confirmó Allen sonriendo.

—Pero, ¿por qué? ¿Quién se lo ha dado?

Allen se encogió de hombros.

—Eso, usted lo sabrá —contestó—. Ben Hassin me dijo que mi misión consistía en entregarle el cheque. Por lo visto, lo que ha de hacer después, es cosa que usted sabe ya.

—¡No, no lo haré!

Allen se sobresalió en un principio. Luego, encogiéndose de hombros, sacó el cheque y lo dejó sobre el aparador.

—Eso ya no es cuenta mía —manifestó—. Me dijeron que le diese el cheque y aquí lo tiene. Buenas tardes, señorita Gazna.

Apuró el vino de un trago y se situó sobre la plataforma del ascensor, que lo condujo al suelo en unos instantes.

Atónita, Thalia se acercó a uno de los grandes ventanales y vio que el intruso se acercaba a la tapia. Quiso advertirle del peligro que corría, pero no tuvo tiempo.

Allen se inclinó y recogió una larga pértiga del suelo. Tomó carrerilla y saltó limpiamente al otro lado, ante los estupefactos ojos de la joven.

* * *

—El hombre a quién yo busco es alto, de pelo rubio, tiene un parche negro en el ojo izquierdo y usa un gran mostacho de guías caídas —dijo Thalia al conserje del hotel.

—Usted debe referirse sin duda a Mikv Bortes —contestó el hombre.

—Sí, ese es —confirmó Thalia.

—Está aquí, señorita —manifestó el conserje—. Habitación doscientos uno.

—Gracias.

Thalia cruzó el anchuroso vestíbulo. El ascensor la llevó al segundo piso.

Momentos después, llamaba a la habitación 201. Alguien dio permiso desde el interior.

Thalia abrió y cruzó el umbral. Un hombre, de espaldas a ella, estaba poniéndose una camisa de encaje, con mangas flotantes.

—¿Sí? —dijo el hombre, a la vez que se volvía hacia ella.

—Busco a... ¡Oh, no es usted! —exclamó Thalia, sorprendida.

Allen sonrió. Terminó de abrocharse la camisa, se inclinó sobre la cama y se puso el parche negro y el bigote postizo.

—Sí, yo soy —confirmó—. El parche y el bigote me estorban para bañarme; por eso me los quité. ¿Qué desea de mí la ex reina de los ladrones? —preguntó Allen a continuación.

Thalia abrió el bolso y extrajo el cheque, que depositó en tono tajante.

Capítulo IV

Allen no se inmutó.

—Devuélvaselo por correo —dijo—. Yo no pienso volver a verlo.

—Usted es su mensajero...

—Solo para entregarle el cheque. Si no lo quiere, ahí se quedará.

Thalia se mordió los labios.

—Lo que Hassin me pide es imposible —declaró.

—Eso ya no es cuestión mía, señorita —dijo Allen con frialdad.

—Pero, ¿es que Hassin no sabe el trato que hice con el gobierno?

—Ah, de modo que se trata de robar algo.

Thalia se sentó desmadejadamente sobre un sillón.

—Sí —admitió con voz débil.

—Debe de ser algo muy valioso, cuando se pagan diez millones por su consecución —opinó Allen.

Ella emitió una amarga risita.

—Lo que Hassin quiere que yo robe es algo de tanto valor, que ni con un cheque mil millones de veces superior a este quedaría medianamente pagado —contestó.

Allen abrió la boca, estupefacto.

—¿Qué es? —preguntó.

—La Fórmula... —Thalia hizo un gesto negativo—. Bah, no vale la pena hablar del asunto —añadió.

—¿Hay algo en Katschuk que valga diez mil millones de denarios? —preguntó él.

—Para el gobierno, su precio es ilimitado —afirmó ella.

—Pero, bueno, ¿de qué se trata?

—Lo siento, no puedo decírselo —los ojos de Thalia llamearon de pronto—. A fin de cuentas, yo también soy katschukiana.

—Patriota y hermosa —sonrió él—. Y ¿dónde está esa Fórmula... X?

—Eso sí se lo puedo decir. Está en el Palacio Alkbar.

Allen silbó.

—¡Es una fortaleza inexpugnable! ¡Ahí es donde se guardan las existencias de tesorería del gobierno!

—Justamente. No hay un lugar más protegido que el palacio Alkbar, por arriba, por abajo y por todos los lados. Entrar allí, sin los debidos permisos, es tanto como suicidarse.

—Sí, he oído decir que incluso está protegido debajo de tierra

por una cúpula de energía, que llega a quinientos metros de profundidad.

—Exactamente. Como comprenderá, no voy a intentar algo que es absolutamente imposible. Dígaselo así a Hassin cuando lo vea...

—Repito que no voy a verle más —dijo Allen—. En cuanto al cheque, ya lo he dicho antes: ahí se queda, si no lo acepta usted.

Thalia vaciló, pero acabó por guardar el cheque de nuevo.

—Se lo devolveré por correo —dijo.

—Muy bien.

La joven se puso en pie.

—¿Por qué se cambia de nombre y de aspecto, señor Allen? —preguntó.

El joven sonrió.

—Hay un sabueso lanzado tras mis huellas. Se llama Fert-Tsu contestó.

—¡Fert-Tsu! —repitió ella, atónita.

—El mismo. No le digo más, porque tengo la impresión de que lo conoce. ¿Es cierto?

—En efecto. ¿Teme algo de él?

—Temo que me liquide, una vez le haya entregado el cheque. Es decir...

—¿Sí, señor Allen?

—He tratado de engañarle —sonrió él—. Por el momento, creo haberlo conseguido, pero es muy astuto.

—Demasiado —suspiró Thalia—. Bien, eso es todo por mi parte. Buenas noches, señor Allen.

—Buenas noches, señorita Gazna.

Allen se quedó solo.

Movió la cabeza. «Una hermosa mujer. ¿Merecía de verdad el calificativo de «Reina de los Ladrones»? pensó.

* * *

Thalia entró en la tienda al día siguiente. Necesitaba comprar algunas cosas y estuvo recorriendo las estanterías durante algunos minutos.

De pronto, oyó pronunciar su nombre:

—¿Señorita Gazna?

La joven se volvió. Un hombre, atildadamente vestido, la contemplaba con la sonrisa en los labios.

—Sí. ¿Qué desea? —preguntó.

—Por aquí, señorita —señaló el individuo—. Hay alguien que desea hablar en privado con usted. Tenga la bondad...

Thalia, intrigada, siguió al individuo, que era un empleado de la tienda. Momentos después, entraba en un lujoso despacho.

Un hombre se puso en pie al verla.

—Soy Trook, gerente —se presentó—. ¿Señorita Gazna, tiene la bondad de entregar su bolso al señor Sonella?

Thalia se sorprendió de la petición. Sonella era el individuo que la había llamado en la tienda.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué he de entregar el bolso?

Trook hizo un gesto lleno de pesimismo.

—Temo, señorita Gazna, que haya vuelto a recobrar sus antiguas malas costumbres —dijo.

—¿Me está llamando ladrona? —gritó Thalia, muy pálida.

—Por favor, señorita...

Thalia apretó el bolso contra su pecho.

—No lo consentiré —dijo.

Trook hizo un gesto con la mano.

—Sonella, llame a la policía —ordenó.

—Sí, señor Trook.

—Pero ¿qué es lo que pasa aquí? ¿Qué acusación tan infundada es esta? —protestó la joven.

—¿Acusación infundada? —sonrió Trook—. Oh, por favor, estamos acostumbrados a que los clientes roben cosas de las estanterías. En la mayoría de los casos, el asunto se arregla abonando el ladrón el importe de la cosa robada, pero su caso es muy diferente, señorita Gazna. ¿He de decirle por qué?

Thalia se puso pálida.

—Es una vil calumnia —dijo.

—Dentro de su bolso tiene un broche de pedrería katschukiana valorado en cuatro mil quinientos denarios —recitó Trook impasible —. Si formulo una denuncia en regla, irá a parar a presidio para el resto de sus días. ¿Es que ya no recuerda el convenio establecido con el gobierno?

Thalia no tenía fuerzas para hablar.

Trook y Sonella sonreían.

—Pero no formularé ninguna denuncia —dijo el primero.

Thalia empezó a comprender.

—¿Con qué debo pagar su silencia? —preguntó.

El gerente hizo una deliberada pausa de silencio. Luego, muy lentamente, contestó:

—Solo quiero que vaya al palacio Alkbar y se apodere de... ¿verdad que no es necesario que lo nombre, señorita Gazna?

* * *

Thalia callaba.

Reflexionaba.

Le habían tendido una trampa, de ello no cabía la menor duda.

Miró a Trook. La sonrisa no se borraba de los labios del gerente, convencido de su triunfo.

De pronto, llamaron a la puerta.

—¡Estoy ocupado! —gritó Trook.

—¡Es muy urgente, señor! —contestó alguien desde el otro lado.

Trook lanzó una maldición. Antes de que pudiera contestar, la puerta se abrió de golpe y un hombre entró en la estancia, seguido de un apurado empleado.

—El gerente está ocupado... —decía el individuo.

—¡Lárguese! —ordenó Allen por encima del hombro. Luego miró a Trook—. ¿Es usted el gerente?

—Sí, señor; pero, como le ha dicho mi empleado, ahora tengo una visita muy importante...

—¿Más que la mía? —rio Allen.

Volvió la cabeza. La puerta estaba cerrada.

—Está bien —dijo Trook de mala gana—. ¿En qué puedo servirle?

Allen sacó un paquete de tabaco, se puso un cigarrillo en la boca, lo encendió y luego expulsó el humo en dirección al gerente.

Casi en el acto, Trook lanzó un aullido:

—¡Apague ese cigarrillo!

Allen lo puso sobre un cenicero. Trook aplastó el pitillo con gestos furiosos.

—¿Qué diablos es lo que pretende, señor mío? —preguntó.

Allen dejó el paquete de tabaco sobre la mesa.

—Son cigarrillos de «hierba» —contestó—. Adquiridos hace unos momentos en su tienda. Llevan su sello, como puede comprobar.

—¡Nosotros no vendemos drogas! —protestó Sandia a grito pelado.

—¿De veras? —sonrió Allen—. Quizá la P.S.P. no opine del mismo modo, También se encarga de la cuestión drogas, sobre todo, si se trata de una «hierba» terrestre, importada por algún astronauta ávido de hacer dinero rápidamente.

—¿Piensa que la P.S.P. se creería ese embuste? —chilló Trook.

Allen se encogió de hombros.

—Vamos a probarlo —sugirió.

Trook se puso lívido.

—¡No, rayos! Me costaría demasiado —dijo.

—Eso ya lo sé —replicó el joven.

—Entonces, ¿qué diablos es lo que quiere? ¿Cómo podemos arreglar este asunto?

Allen fijó la vista en el broche de pedrería que aún estaba sobre la mesa.

—¿No sé lo figura? ¿gerente?

Los dientes de Trook crujieron de rabia.

—¡Esto es una trampa, inmunda! —calificó.

—Y, ¿qué es lo que pretendía hacer usted con la señorita Gazna?

Thalia estaba asombrada. ¿Cómo había sabido Allen que…?

Los dedos de Trook tamborilearon sobre la mesa. Miró a su subordinado y Sonella hizo un gesto imperceptible de asentimiento.

—Está bien, de acuerdo —accedió Trook al cabo—. Puede llevarse a la señorita Gazna. Pero, óigame una cosa, señor...

—El nombre no importa, amigo mío —contestó Allen sonriendo.

—Bien, no importa. Solo le diré una cosa: no vuelva a cruzarse en mi camino —dijo Trook con voz llena de dureza.

—¿Se le ha ocurrido pensar siquiera si no es usted el que se ha cruzado en el mío? —replicó Allen sin inmutarse.

Y antes de que el estupefacto Trook pudiera recobrar el habla, tomó a la joven por el brazo y se la llevó de allí.

—Me siento pasmada —declaró Thalia, cuando estuvieron en la calle.

Allen saltó una risita.

—La habían puesto en un apuro, ¿verdad?

—Fue una trampa indigna. Querían acusarme de robo.

—Chantaje.

—Sí.

—¿Pensaba ceder?

Ella suspiró.

—Tenían la sartén por el mango —respondió—. Por fortuna, su intervención lo arregló todo. Pero ¿cómo…?

Allen tomó el bolso de la muchacha y separó de su base una cajita de unos dos centímetros de largo, con un audífono.

—Emisora de radio y su receptor correspondiente —explicó.

Thalia estaba admirada.

—¿Cómo puso el emisor en mi bolso? —preguntó.

—Lo hice cuando estuve en su casa. En todos los bolsos —aclaró él.

—Usted lo que quiere es espiarme —dijo Thalia, rabiosa.

—Hasta cierto punto solamente.

—¿Por qué no se explica de una vez?

—¿Es que no la he librado ya de un grave apuro? ¿Por qué seguir haciendo preguntas?

—Me interesa conocer la verdad —replicó ella.

—Ya sabe bastante —contestó Allen.

—Yo creo que no. Por ejemplo, el cigarrillo de «hierba»... Aquí está severísimamente castigado.

—Lo cual aumenta su precio —rio él—. Solo había un cigarrillo, el que yo encendí, pero fue suficiente. De haber seguido adelante, la P.S.P. le habría puesto en una malísima situación.

—Y prefirió ceder.

—Sí, pero tenga cuidado. Trook volverá a la carga en cuanto pueda.

Allen movió una mano. Un taxi monorrueda se detuvo junto a la pareja.

—Ahora ya está prevenida —dijo él, a guisa de despedida.

Instantes después, había desaparecido de su vista. En la acera, perpleja y desorientada, Thalia continuaba inmóvil, sin saber qué hacer.

Capítulo V

Tsulstaia era la capital de lujo de Katschuk. Naturalmente, sus establecimientos reflejaban el ambiente de la ciudad.

El «Centella de Oro» era el local más fastuoso y exclusivo de cuantos había en Tsulstaia. No había mujeres más hermosas que las del «Centella de Oro» ni mejores vinos ni, por supuesto, mejor servicio.

Allen lo sabía. Los humoristas decían que, en el «Centella de Oro», se pasaba factura hasta por el aire que se respiraba. Indudablemente, era una frase exagerada, pero lo que sí resultaba cierto era que los precios no eran para cardíacos.

Estaba contemplando al trasluz el contenido de una copa. El vino parecía rubí líquido. La mujer que tenía al lado era, sin embargo, mucho más digna de contemplación que el vino.

—No me haces caso, Eric —se quejó.

—Perdona, Kwina, estaba pensando —se disculpó él.

—Evidentemente, no en mí, Eric.

—Quizá la conozcas tú. Se llama Thalia Gazna.

Kwina respondió.

—«¡La Reina de los Ladrones»!

—La misma —confirmó Allen.

—¿Qué relación tienes tú con ella?

—Prácticamente, ninguna. Pero me gustaría saber detalles de Thalia. Tú llevas tiempo aquí, ¿verdad?

—Un par de años —contestó Kwina.

Allen tomó un sorbo de vino. Luego dejo la copa a un lado.

—Cuéntame. ¿Por qué la llamaban «La Reina de los Ladrones»?

—La enseñaron a robar antes que a andar —dijo Kwina—. Su padre, claro, el mayor ladrón que ha existido jamás en Katschuk.

—¿Qué fue de él?

—Era humano y cometió un error. Asaltó una casa.

—Y el dueño le...

—No. Era una casa de recreo en Sierra Hjalbonk. Estaban al borde de un precipicio de unos seiscientos metros.

—Y se despeñó.

—Sí.

—Continúa. ¿Qué hizo Thalia?

—Bueno, después de los funerales, ella continuó dirigiendo la

banda de su padre.

—Y eso le hizo ganarse el sobrenombre.

—Justamente. Pero un buen día, se dio la noticia de que el gobierno la había otorgado un perdón incondicional a cambio de su promesa de no delinquir más. Eso es todo lo que sé, Eric.

Allen apuró el vino.

—Gracias, hermosa —dijo.

—Parece que Thalia te interesa mucho —observó Kwina, ligeramente despechada.

Allen sonrió.

—Solo quería información, hermosa —dijo, a la vez que se ponía en pie y tendía una mano hacia la joven.

Atrajo a Kwina hacia sí, encerrándola en sus brazos.

—Cuando tengo al lado a una hermosa mujer, solo me interesa ella y ninguna más —aseguró, mientras buscaba sus labios.

Pero no llegó a besarla.

Sus ojos captaron por encima de los hombros de Kwina un movimiento en los cortinajes del reservado. El instinto le hizo dar un salto lateral tirando de Kwina al mismo tiempo.

Algo cruzó el espacio con un oscuro zumbido y se clavó con seco golpe en la pared opuesta. Kwina chilló alarmada.

Allen saltó hacia delante, agarró las cortinas y tiró de ellas hacia abajo, arrancándolas de la barra. Un cuerpo humano se agitó de entre los cortinajes.

* * *

Kwina estaba aterrada. Allen pateó dos o tres veces el cuerpo oculto entre las cortinas y los movimientos cesaron en su mayor parte.

A continuación, Allen apartó las cortinas. La figura de un hombre encogido por el dolor, en el suelo, surgió en el acto ante sus ojos.

—Llamaré a la policía… —dijo Kwina.

—¡No! —prohibió él enérgicamente—. Espera.

Se inclinó sobre el caído y le desposeyó de su pistola.

—¡Vaya! —exclamó—. Una congeladora. ¿Qué te parece, Kwina?

—Me siento mal… —dijo ella débilmente.

Allen se inclinó sobre el caído, lo agarró por el cuello y le hizo ponerse en pie a viva fuerza.

—Tenemos que hablar —indicó.

El hombre se lamió los labios aprensivamente.

—No sé nada…

Allen le pegó un tremendo empujón y lo arrojó contra el diván. Luego, sin perderle de vista, se acercó a la pared y arrancó de la misma un pesado puñal de hoja maciza, triangular, de unos treinta centímetros de largo, aparte de la empuñadura.

Sopesó el arma en la mano, mientras miraba al sujeto de reojo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Qorb Zil —contestó el frustrado asesino.

—Alguien te pagó para que me mataras. Dime su nombre.

—No...

—Yo también sé lanzar el puñal —advirtió Allen—. Y si crees que miento, déjame hacer una prueba.

Zil se puso pálido y extendió las manos.

—No, te lo diré.

De repente, sonó un chasquido. Zil lanzó un grito y se convulsionó terriblemente.

Allen se revolvió con singular rapidez. Su mano derecha se movió fulminantemente y el puñal partió disparado con increíble potencia.

Sonó un hondo gemido. Un hombre apareció de pronto, agarrándose el puñal con la mano izquierda, mientras que con la derecha hacía esfuerzos para disparar su pistola.

Allen le arrojó una silla. El intruso giró sobre sus talones y se desplomó boca arriba. Pataleó un poco y se quedó quieto.

Kwina lanzó un grito.

—¡Eric! Zil ha muerto.

Allen se volvió. Zil yacía al pie del diván, con las manos crispadas sobre el pecho. Allen se arrodilló a su lado y observó la herida.

Movió la cabeza con pesimismo.

—Usaron una pistola de proyectiles colapsantes —dijo—. La muerte fue instantánea, aunque la herida no afectó a ningún lugar vital. De haber empleado una congeladora, podría haberlo hecho revivir, pero con el proyectil colapsante esa posibilidad quedaba descartada.

Kwina estaba horrorizada.

—Quería matarte —dijo—. ¿Por qué?

Allen se puso en pie.

—Lo ignoro —contestó. Sonriendo, agregó—: Uno siempre tiene enemigos, preciosa.

—Zil intentó asesinarte. El otro mató a Zil...

—Para que no hablase. Debía de ser una especie de vigilante, encargado de comprobar que Zil llevaba a cabo su misión.

—Aquí, en el «Centella de Oro» —dijo Kwina, pasmada.

—Querida, la categoría del local no excluye que también se pueden cometer asesinatos, como has tenido ocasión de apreciar. En fin, creo que es hora, de que nos marchemos.

—¿Y los cadáveres?

Allen se echó a reír.

—Abrigo la sospecha de que alguien se ocupará de hacerlos desaparecer. A quien sea, le interesa mi muerte en todo caso, no el meterme en un lío con la P.S.P., del que nada práctico podría resultar para él —contestó.

Allen se sentía un poco nervioso y relajó su tensión con unos minutos bajo el frío chorro de la ducha. Una vez seco, se puso un pijama y encendió un cigarrillo.

De pronto, llamaron a la puerta.

Allen puso la pistola colapsante al alcance de su mano. El arma había pertenecido al segundo de los asesinos y había juzgado conveniente apropiársela.

—¡Adelante! —dijo.

La puerta se abrió. Un hombre penetró en la estancia.

Allen lo miró con interés. El recién llegado aparentaba unos cincuenta años, vestía con elegante discreción y no parecía llevar armas.

—Gracias por recibirme, señor Allen —sonrió el individuo—. Mi nombre es Fitzer, John Fitzer.

—Evidentemente falso —calificó Allen sin pestañear—. ¿Qué es lo que desea, señor Fitzer?

El visitante le dirigió una mirada llena de malicia.

—Señor Allen, hace tres o cuatro años, usted se vio obligado a abandonar la Tierra. Fue a Rorqua, de Alfa del Centauro; estuvo allí año y medio y tuvo que poner pies en polvorosa. Apareció poco después en Staria II, de Sirio...

—Basta, no siga; mis andanzas las conozco yo mejor que usted, señor Fitzer —cortó el joven secamente—. Si solo ha venido para relatarme mi propia vida, ya puede largarse con viento fresco.

—No es usted muy hospitalario que digamos —replicó Fitzer—. Apenas deja que le haga mi propuesta.

—¿Qué propuesta? —exclamó Allen.

Fitzer sacó de uno de los bolsillos un rectángulo de papel y lo dejó sobre la mesita.

—Dos millones de denarios —anunció.

Allen enarcó las cejas.

—¿Se siente filántropo? —preguntó con ironía.

—Cuando vuelva del Palacio Alkbar, recibirá otro cheque análogo —contestó Fitzer sin pestañear.

Hubo un momento de silencio.

—De modo que al palacio Alkbar —dijo Allen al cabo.

—Sí —confirmó Fitzer, imperturbable.

—¿Qué hay allí?

—La fórmula Ekrin-Tbar. Nos interesa.

—Ha dicho «nos» —observó Allen.

—Es cuestión de matices, secundaria.

—Bien, de acuerdo, pero ¿qué es la Fórmula Ekrin-Tbar?

—Eso ya no le importa a usted, señor Allen. Tráigala y recibirá otros dos millones.

—El palacio Alkbar es infranqueable.

Fitzer soltó una risita.

—No para un ladrón de su categoría, señor Allen —contestó.

—Usted lo sabe todo —rezongó el joven.

—Es mi oficio.

—¿Policía?

—Seamos francos. Espía.

—Terrestre, claro.

Fitzer suspiró.

—Su perspicacia es anonadante —calificó.

—Después de lo que ha dicho, hasta el más zoquete lo habría adivinado en el acto. Llévese el cheque, señor Fitzer.

El visitante se sorprendió.

—¿Cómo? ¿Renuncia a una fortuna? —exclamó.

—Quiero tranquilidad —afirmó Allen.

—Puede conseguirla con cuatro millones después de volver del palacio Alkbar. Es una suma superior a cuanto ha robado usted en su vida.

—Lo sé, pero eso no me hace variar de opinión. Le he dicho que no, señor Fitzer.

El visitante recogió el cheque.

—He perdido el tiempo —dijo.

—Evidentemente.

Fitzer se dirigió hacia la puerta. Desde allí, intentó un último esfuerzo.

—Puedo subir a cinco…

—Ni diez ni veinte —contestó Allen tajantemente.

—Es una lástima que no disponga de diez millones —dijo Fitzer —. Habría que ver entonces si seguía pensando lo mismo.

—No se puede hacer mucho más con diez millones que con

cuatro, salvo salir a la calle y empezar a tirar billetes —contestó Allen.

—Eso sí es cierto —admitió Fitzer—. En fin, siento haberle molestado.

—Ha sido un placer, pero, dígame, por favor, ¿qué es la Fórmula Ekrin-Tbar?

Fitzer meneó la cabeza.

—Si no acepta la misión, ¿para qué seguir con explicaciones? —contestó—. Buenas noches, señor Allen.

—Adiós —contestó el joven.

Capítulo VI

Paseando lentamente, Allen ascendió hasta la cumbre de la colina y se sentó al pie de un árbol semejante al pino terrestre. La temperatura era agradable, el suelo estaba cubierto de un césped abundante y jugoso, había muchas florecillas silvestres y el aire movía continuamente perfumados efluvios.

La colina formaba parte de un sistema montañoso de forma aproximadamente circular, que cerraba un gran valle, de singular belleza. En el centro se abría un extenso lago, de unos seis o siete kilómetros en su eje mayor, por unos cinco en el menor.

Había una isla en el lago. Era como un pitón rocoso, que ascendía fuera del agua hasta unos trescientos cincuenta metros. De base aproximadamente circular, su diámetro era de medio kilómetro.

Por tanto, el pitón tenía la forma de un cono de paredes muy empinadas. En la cima estaba el palacio Alkbar.

Allen sacó del bolsillo unas gafas telescópicas y se las puso ante los ojos. El aparato le evitaba la incomodidad de tener que sostener unos prismático: con las manos.

En torno al lago había una zona totalmente despejada hasta cien metros de la orilla. Solo había césped, pero ni un solo arbusto ni la menor mata. Una carretera corría a lo largo de la ribera. Allen divisó un monorrueda descubierto, ocupado por cuatro individuos armados.

Eran soldados de la guarnición que custodiaba Alkbar. El monorrueda llevaba un cañón que disparaba granadas paranucleares de dos centímetros de calibre. El efecto de cada granada al estallar era comparable al de uno de los antiguos cañones de la marina de 381 mm.

Una lancha rápida recorría sin descanso el lago. Allen se imaginó a sus tripulantes escuchando atentamente los instrumentos de observación. También se podía llegar a la isla central bajo el agua.

Había un embarcadero en el lado norte del islote. Allí se divisaban amarradas dos lanchas. El embarcadero terminaba en la boca de un túnel, que Allen supuso daba a los ascensores que, viajando en la roca viva, conducían a lo alto de la fortaleza.

—¿Le gusta el paisaje? —sonó de pronto una voz femenina en

sus oídos.

—Es una vista muy hermosa, en efecto.

Thalia se sentó a su lado, sobre el césped.

—Sí, un paisaje encantador —dijo.

—Lástima que no se puede disfrutar de él.

—Lo impide la guardia del palacio, ¿verdad?

—En efecto. ¿Tantos tesoros hay en Alkbar, que necesitan una vigilancia tan férrea?

—Alkbar es el depósito de las reservas monetarias de Katschuk, debiera saberlo usted —contestó ella.

—Sí, eso ya lo sé; pero también guarda algo que es más importante que todo el tesoro del planeta.

—Usted se refiere a cierta fórmula...

—El nombre es Ekrin-Tbar, pero no sé más. ¿Lo sabe usted, Thalia?

Ella meneó la cabeza.

—Lo único que puedo decirle es que se trata de un arma terrible —contestó.

—¿Sabes en qué lugar del palacio está? —preguntó Allen.

—Está en la Sala de los Reyes —contestó Thalia—. Tampoco sé más al respecto.

Allen se acarició la mandíbula.

—¿Sabe que me ofrecen cuatro millones por conseguir la fórmula? —dijo.

Thalia le miró sorprendida.

—¿Quién? —preguntó.

—Me dio un nombre falso. Un terrestre.

—¿Por qué, Eric?

—Yo no he tenido la suerte de firmar un convenio con el gobierno —respondió él sonriendo.

Thalia lanzó una exclamación de asombro.

—¡Usted también es...!

Allen asintió.

—Sí, un ladrón —confirmó.

—Resulta increíble —murmuró ella.

—En la Tierra era ya demasiado conocido. Lo mismo me sucedió en otros dos o tres planetas. Tuve que emigrar a Katschuk.

—Quién lo hubiera dicho —sonrió Thalia.

—Lo malo es que alguien piensa de mí cosas que no son ciertas y por dicha razón han tratado de eliminarme.

—Eso es peor, Eric.

—Sí; y si la cosa continúa, tendré que pensar también en

emigrar de Katschuk. Lástima, ahora que este planeta empezaba a gustarme.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Cerca de un año.

—Y en ese tiempo, no habrá estado parado, supongo.

Allen sonrió ligeramente.

—He hecho algún pequeño trabajillo para ir tirando —contestó—. Por supuesto, joyas y cosas por el estilo y a gente que no le importaba demasiado perder algunos miles de denarios.

—La P.S.P. es muy estricta, Eric.

—Lo sé, y por eso digo que es una lástima que tenga que abandonar el planeta. En Katschuk hay muchos atractivos, muchos, Thalia.

—¿De veras? ¿Qué es lo que más le gusta del planeta, Eric?

Allen sonrió. De pronto, alargó la mano y ciñó el esbelto talle de la joven.

Thalia echó la cabeza hacia atrás.

—¿Soy yo lo que más le gusta? —preguntó.

—Katschuk tiene fama de mujeres hermosas. Usted se lleva la palma, Thalia —murmuró él, hundiendo su cara en el hueco del hombro de la joven.

—Por favor —rogó ella.

Allen buscó sus labios. De pronto, antes de besarla, se puso rígido.

Thalia notó su estremecimiento.

—Eric...

La joven no pudo decir nada más. De pronto, se sintió violentamente echada hacia atrás.

Un golpe sordo resonó en el árbol, cuya corteza empezó a humear en el acto. Cubriendo a la joven con su cuerpo, Allen sacó la pistola colapsante y apretó el gatillo.

Delante de ellos, a quince pasos, se oyó un grito de agonía.

Thalia volvió la cabeza. Un hombre se puso en pie, dio una espantosa voltereta y rodó por la hierba.

—No se mueva —ordenó él.

Allen se arrastró unos pasos por la hierba. Sonó otro disparo y de nuevo empezó a humear la corteza del árbol.

El joven avanzó unos cuantos pasos más. Su interés se centraba en capturar al atacante.

De pronto, lo vio, arrodillado detrás de un árbol. Disparaba una pistola congeladora. El humo que se desprendía del impacto procedía de la evaporación de la carga congeladora al contacto con

la atmósfera.

—Tire el arma —ordenó Allen—. Le estoy apuntando con una colapsante.

El asesino se estremeció. Tenía el arma en la mano y sabía que podía disparar, pero el proyectil colapsante que se cruzaría con el suyo lo mataría en el acto.

La pistola voló por los aires. Allen se puso en pie, sonriendo.

—Así es mejor —dijo—. Amigo, ven hacia mí con las manos en alto y no olvides que puedo matarte en cualquier momento.

La voz de Thalia sonó en aquel instante:

—¡Eric!

—Estoy bien —contestó él—. Acérquese sin miedo.

Luego miró a su prisionero.

—Y ahora, amiguito, tú y yo vamos a sostener una interesante conversación —dijo alegremente.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar —contestó el sujeto en tono hosco.

Thalia llegó junto a los dos hombres y miró al prisionero con expresión de curiosidad.

—Me parece que lo conozco —dijo.

—¿De veras? —preguntó Allen.

—Tengo al impresión, aunque no estoy del todo segura.

Allen se encaró con el individuo.

—Tu nombre —exigió.

—Ffor Batum —contestó el individuo.

—¡Sí! —exclamó Thalia—. Ahora lo recuerdo. Pertenece a la banda de Heryk Wton. ¿No es cierto, Batum?

El prisionero apretó fuerte los labios, modo de indicar que prefería callar. Allen se dirigió a la joven:

—¿Quién es Wton?

—Ladrón, asesino, chantajista... todo lo que se puede imaginar y más todavía. Es un hombre que no conoce la piedad, aunque no logro explicarme por qué ha querido matamos.

Allen soltó una risita.

—Querida, singularice, por favor. Esos dos tipos venían a por mí, como sucedió hace dos días en el «Centella de Oro».

—Entonces, Wton anda detrás de usted.

—Eso parece, aunque no comprendo por qué.

—Batum se lo dirá, Eric.

Allen miró al prisionero.

—¿Hablarás?

Batum se encogió de hombros.

—Wton nos dio orden de liquidarle, eso es todo —contestó.

—¿Explicó los motivos?

—No —respondió Batum con gesto ceñudo—. Wton solo da órdenes.

—¡Qué personaje tan simpático! —dijo Allen. Se volvió a medias hacia Thalia—. Será cosa de hacerle una visita.

—No se lo aconsejo, Eric.

—¿Por qué?

—Tiene su casa llena de detectores y trampas mortales, que no se desconectan jamás, si no conoce a su visitante. Aun así, como sabe que tiene muchos enemigos, nunca descuida sus precauciones. Olvide sus propósitos, Eric; es un consejo lleno de sinceridad.

—Gracias, Thalia, pero ya me he formado una idea al respecto.

Allen movió la mano bruscamente. Como la pistola estaba al extremo de su brazo y la cabeza de Batum en el camino de la pistola, el resultado solo podía ser uno.

Instantes después, Batum yacía sin sentido en el suelo.

—Ya podemos irnos —dijo Allen, a la vez que guardaba el arma en la funda.

Emprendieron juntos el descenso de la colina. La carretera estaba a kilómetro y medio de distancia, aproximadamente.

Junto a su monorrueda, Allen vio dos más.

—¿Cuál es el suyo, Thalia? —preguntó.

—Aquel —señaló la muchacha.

Allen se acercó al otro, levantó la tapa del motor y arrancó un par de cables.

—Ya está —dijo sonriendo. Alargó la mano y estrechó la de Thalia—. Lástima de interrupción.

Ella se puso colorada.

—¡Sinvergüenza! —le apostrofó, pero sin dureza en la voz.

Allen lanzó una alegre carcajada. Subió a si vehículo, dio el contacto, pisó el acelerador y el monorrueda partió como una exhalación.

Thalia ocultó una sonrisa. Aquel terrestre empezaba a alterar la paz de su espíritu.

Un cuarto de hora más tarde, Batum bajó tambaleándose de la colina. Subió a su monorrueda y dio el contacto.

Las patas estabilizadoras se retiraron automáticamente, pero el vehículo, en lugar de arrancar, volcó de forma aparatosa.

Batum salió de la cabina gateando y lanzando juramentos. Se puso en pie y, con las manos en las caderas, contempló unos momentos el artefacto.

Luego se acercó a la tapa del motor y la levantó. No tardó en hallar la avería.

—Han arrancado los cables de los giróscopos —dijo, ebrio de ira.

Sin aquellos cables, los giróscopos no funcionaban y, por tanto, el monorrueda no podía mantener el equilibrio. Resignándose a lo inevitable, Batum abandonó el monorrueda. Aunque empalmase de nuevo los giróscopos al generador de fuerza, era imposible levantar el vehículo; era demasiado pesado para moverlo un hombre solo.

Batum se resignó a lo inevitable y, como sabía que a su jefe no le gustaban los fracasos, empezó a pensar en la emigración como único recurso para salvar el pellejo.

Capítulo VII

El coronel Fert-Tsu dormía inquieto, nervioso, desasosegado.

Fert-Tsu tenía motivos para no conciliar un sueño tranquilo. Aquella misma tarde había recibido un informe reservado sobre el suicidio de un pasajero en el tren-proyectil.

Se habían encontrado algunos restos en el lugar del accidente, pero no humanos. La descarga producida por el choque del cuerpo contra el túnel de energía había volatilizado casi por completo al pasajero.

Solo algunos fragmentos de su cuerpo habían sido hallados en una comprobación rutinaria hecha por los empleados de la línea ferroviaria. Y no eran restos humanos.

De pronto, en medio de su agitado sueño, Fert-Tsu sintió que alguien encendía la luz de su dormitorio.

—No se moleste, coronel, la tengo yo —dijo el intruso.

Fert-Tsu se sentó en el lecho. El hombre que estaba frente a él se quitó el parche negro del ojo izquierdo y se despegó el bigote postizo, sin dejar de sonreír.

—¡Allen! —exclamó Fert-Tsu.

—El mismo, coronel.

—Usted... simuló el suicidio.

—Un robot, con mi cara y mi figura —explicó Allen jovialmente.

—Me engañó —acusó Fert-Tsu.

—Lo admito, coronel. Pero también hay que admitir que usted quería eliminarme.

—Solo quiero detener a un ladrón —gruñó el policía.

—Vamos, vamos, coronel —rio Allen—. ¿Por qué no hablamos claramente? Hay una mujer hermosa de por medio, pero eso es accidental. Como lo de ladrón. Usted me persigue por otros motivos, ¿no es cierto?

Fert-Tsu apretó los labios.

—¿Puedo levantarme? —rogó.

—Mientras no intente nada contra *mí*... Le mataría, coronel.

—Lo sé.

Fert-Tsu echó las sábanas a un lado, se calzó unas zapatillas y luego se puso una bata.

—Voy a servirme un trago —dijo—. ¿Quiere beber?

—No, gracias.

El policía se dirigió al fondo de la estancia. Allen le vigilaba continuamente.

—Ahora lo sé —dijo el terrestre—. Entonces creí que solo me perseguía por celos y por ladrón. El motivo real, sin embargo, era muy distinto.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Fert-Tsu por encima del hombro.

—El tipo que vino a ofrecerme cuatro millones por la Fórmula que se guarda en Alkbar.

Fert-Tsu no se inmutó siquiera.

—Algún agente secreto de la Tierra, como Hassin —dijo.

—Eso creo yo —convino Allen.

—Hassin murió.

—Lo siento. Corrió el riesgo de su oficio.

—Entonces, ¿no es usted un agente terrestre?

—No. Puedo jurárselo, coronel.

Fert-Tsu bebió un sorbo de licor.

—Hasta ahora, yo lo había creído así —manifestó.

—Se equivocó rotundamente, coronel.

—Por cierto, ¿dónde le escondió Hassin?

—Debajo del sarcófago egipcio —explicó Allen.

—Qué tío más listo —murmuró el policía—. Bien, si no es un espía terrestre, ¿a qué ha venido?

—Solo a una cosa, coronel: Quiero que me diga en qué consiste la Fórmula Ekrin-Tbar.

Fert-Tsu apuró el resto de la copa.

—Es un arma secreta, no puedo decirle más; pero si no es un agente de la Tierra, ¿qué interés puede tener la fórmula para usted?

—¿Quiere que se lo diga con claridad, coronel?

—Será un favor, Allen.

—Bien, en ese caso, le diré que detesto profundamente todas las armas secretas. Costó siglos eliminar la amenaza atómica y ahora ustedes inventan un arma nueva. Eso es lo que odio por encima de todo, Fert-Tsu lanzó una risita.

—Usted, un ladrón…

—Pero que nunca ha causado el menor daño a sus víctimas —protestó Allen.

—Es cuestión de apreciaciones, simplemente. La fórmula pertenece a Katschuk.

—Y la emplearán en una guerra planetaria, si es necesario.

—Usted lo ha dicho, Allen.

—Lástima. Tendré que destruirla.

Los ojos del coronel centellearon.
—Si puede —le desafió.
—Lo intentaré, coronel. No la hubiera robado por cuatro ni por cuarenta millones, pero lo haré porque, repito, odio con toda mi alma las armas secretas capaces de arrasar un planeta.
—Usted pensaría de forma distinta si fuese katschukiano —dijo Fert-Tsu en tono desdeñoso.
—Yo soy algo más que katschukiano o terrestre —contestó Allen orgullosamente—. Pero usted no lo comprendería, coronel.
Allen se puso en pie.
—¿Se marcha ya? —preguntó Fert-Tsu.
—Sí, la entrevista ha terminado. No ha dicho usted mucho, pero sí suficiente para mí.
—Alkbar es infranqueable —advirtió el policía.
—Veremos —contestó Allen sonriendo.
—Una pregunta —pidió Fert-Tsu.
—Las que quiera, coronel.
—Hassin le protegió a usted, pero no lo hizo gratuitamente. ¿Qué le pidió a cambio?
—Tenía que entregar un mensaje a una joven muy guapa.
—¿Thalia Gazna?
—La misma.
—¿En qué consistía el mensaje?
—En un cheque por diez millones de denarios. Nada más, coronel, se lo aseguro. Usted vio el cheque, recuérdelo.
—Los terrestres saben gastarse bien el dinero —dijo.
—En honor a la verdad, coronel, debe saber que Thalia se negó rotundamente.
—¿A qué se negó?
—A robar la fórmula, claro.
—Entiendo. Lo tendré en cuenta, Allen. Otra pregunta, por favor.
—Sí, coronel.
—¿Cómo sabe usted que la Fórmula Ekrin-Tbar es un arma tan... poderosa?
Allen sonrió.
—Una receta para pastillas contra la tos no se guardaría en Alkbar —contestó.
—Es cierto, Allen.
—Y ahora me toca a mí hacerle una pregunta, coronel.
—Si puedo contestarla...
—¿De dónde le proviene el nombre a la Fórmula?
—Fue inventada por dos científicos, los doctores Ekrin y Tbar, el

segundo de los cuales falleció en uno de sus experimentos. Por suerte, el experimento no se realizó en suelo katschukiano.

—El planeta hubiera salido en mil pedazos.

Fert-Tsu sonrió.

—Adiós, Allen —fue todo lo que dijo.

—Ha sido un placer —aseguró el terrestre.

Allen regresó a su hotel.

Una duda mordía su ánimo. Después de aquella conversación, ¿continuaría persiguiéndole Fert-Tsu?

* * *

Por la mañana, con el desayuno, le trajeron una carta.

—Ha sido recibida a mano —le informó la sirvienta—. El hombre que la trajo dijo que era muy urgente, señor.

—Gracias, muchacha.

Allen puso un denario en la mano de la doncella. Al quedarse solo, rasgó el sobre y extrajo una cuartilla, en la que había escritas unas cortas líneas:

> *Thalia Gazna está en mi residencia particular. Le echa mucho de menos. ¿Por qué no viene a visitarla?*

Allen buscó la firma de la misiva. Había un nombre escrito al final: Heryk Wton. La dirección estaba en el membrete de la cuartilla.

Allen estrujó el papel. El mensaje era un inequívoco cartel de desafío.

Thalia había sido raptada. Era indudable. Ahora, Wton quería provocarle para que fuese a rescatarla.

—Es preciso reconocer que resulta un medio mejor de eliminarme que el de emplear asesinos profesionales —musitó.

La duda estribaba en conocer los motivos por los cuales Wton quería eliminarle. Wton era un delincuente común, un jefe de banda, con mucho poder, ciertamente, pero no parecía que entre sus motivos figurasen los políticos.

Porque, a fin de cuentas, la Fórmula Ekrin-Tbar encerraba un interés político-estratégico de indudable valor.

Debía tenerlo, porque era la receta para destruir un planeta.

Pero ¿Wton, mezclado en un asunto de semejante envergadura?

¡Extraño! fue su pensamiento final.

* * *

Descendió al vestíbulo, una vez aseado, y se acercó al bar para tomar una taza de café.

Necesitaba reflexionar. Debía elaborar un plan que le permitiese llegar hasta la residencia de Wton y rescatar a Thalia sin sufrir daño alguno.

Terminaba de tomarse el café cuando alguien, a su lado, dijo:

—Si mi vista no me engaña, estoy junto al famoso Eric Allen.

El joven se volvió. Frunció el ceño. ¿Quién era aquel hombre sonriente, grueso y medio calvo, con aspecto de comerciante acomodado?

La chispa saltó enseguida a su memoria:

—General Barrix —dijo.

El gordo hizo un gesto de asentimiento…

—Exactamente, Allen —confirmó.

—Barrix, de Jwaz IX. Vega. General de los Servicios de Orden.

—A los cuales causó usted muchos quebraderos de cabeza durante su estancia en mi planeta.

—Cosas de la vida, general —sonrió Allen—. ¿Qué hace usted en Katschuk? ¿De vacaciones?

—Algo por el estilo —contestó Barrix.

—¡Hum! —dijo el joven—. Usted es de la clase de tipo que jamás se toma unas vacaciones.

Barrix se encogió de hombros.

—Alguna vez había que hacerlo, ¿no?

—General, me da en la nariz que anda buscando a algún delincuente —dijo Allen—. Si es así, tenga cuidado. La P.S.P. katschukiana es muy susceptible.

—Estoy de vacaciones, insisto —contestó Barrix.

—Bueno, como quiera —Allen miró al techo, como si reflexionase—. Tengo entendido que, en la época en que tuve que abandonar su hermoso planeta, el nombre de usted sonaba para cargos de mayor entidad, general.

—Simples especulaciones políticas, sin una base sólida en que apoyarse —declaró Barrix en tono negligente.

—Ya, ya, como quiera general. De todas formas, no eche mi consejo en saco roto.

—Soy un inofensivo turista que viene a gozar de las bellezas de Katschuk —dijo Barrix con virtuoso acento.

—Eso se lo creerá quien no le conozca —rio Allen. Lanzó una moneda de un cuarto de denario sobre el mostrador—. Guárdese la vuelta.

—Gracias, señor —contestó el camarero.

—Ha sido un placer, general.

—Digo lo mismo, Allen. ¿Ha robado mucho aquí?

—Solo corazones femeninos, general —respondió Allen con amplia sonrisa.

Momentos después, estaba en la calle. Paró un taxi monorrueda y le dio la dirección de una persona conocida.

Veinte minutos más tarde, una hermosa mujer abrió la puerta de su casa. Vio a Allen, lanzó un grito de alegría y se colgó de su cuello.

—¡Eric, cariño!

Allen soportó durante unos instantes las tórridas efusiones de Kwina. Luego la condujo hasta un diván, hizo que se sentara y quedó en pie frente a ella.

—Querida, mi visita tiene otro objeto muy distinto del que has podido sospechar en un principio —manifestó.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Eric? —preguntó Kwina, extrañada.

—Solo una cosa, dulzura: Quiero que me digas todo cuanto sepas de la casa de Heryk Wton.

Al oír aquellas palabras, Kwina palideció espantosamente.

—¡No vayas allí! —gritó—. ¡Morirás si intentas entrar en aquella casa!

Capítulo VIII

Allen encendió un cigarrillo y se lo pasó a Kwina. Ella fumó nerviosamente y, al fin, volvió a hablar:

—¿Quién te ha dicho que yo puedo darte esos informes? —preguntó.

Allen sonrió.

—Wton es un asiduo del «Centella de Oro» —contestó.

—Sí —admitió Kwina—, va allí con mucha frecuencia, pero siempre seguido de cuatro guardaespaldas.

—Y en tu local se oyen muchas cosas.

—Exageradas en su mayoría.

—El arte estriba en saber espigar lo cierto de lo falso.

—Una vez estuve en casa de Wton. Él mismo condujo en su monorrueda. Lleva pendiente del cuello una caja de control con la que conecta y desconecta las trampas que protegen su residencia.

—¿Sabes si tiene cúpula de energía?

—Imagino que sí, aunque no vi nada que lo indicase.

—¿Mencionó las trampas?

—Dijo algo de la barrera congeladora, las descargas colapsantes… Yo no entiendo mucho de esas cosas, Eric, te lo aseguro.

Allen se sentó junto a la mujer.

—Descríbeme la casa y el jardín —pidió—. Haz memoria y procura ser lo más detallada posible.

—Sí, Eric.

Kwina estuvo hablando durante algunos minutos. De cuando en cuando, Allen le interrumpía para formularle alguna pregunta aclaratoria.

Un cuarto de hora más tarde, Allen se puso en pie.

—Gracias por tu información, preciosa —dijo.

—¿Te vas? —preguntó Kwina, decepcionada.

—Lo siento. Tengo que hacer unas compras.

—Pero a la noche irás al «Centella»…

Una sonrisa apareció en los labios de Allen.

—A la noche —contestó—, estaré sosteniendo una conversación muy importante con Wton. Espero que no le digas nada de lo que hemos hablado.

—¿Por quién me has tomado? —protestó Kwina—. Aguarda un

momento; págame los informes... aunque sea un precio muy pobre.

—Un beso siempre es un precio muy elevado por cualquier favor —dijo él solemnemente, a la vez que la tomaba en sus brazos.

* * *

Oculto en las sombras, Allen espiaba cuidadosamente la residencia del famoso bandido.

El tipo de casa le era conocido: la semiesfera suspendida sobre una columna, como la residencia de Thalia, aunque de un tamaño muy superior. Se preguntó si la cúpula de energía protegería solo a la casa o a todo el jardín circundante.

Era preciso averiguarlo, no quedaba otro remedio. Llevaba a la espalda una mochila y sacó una caja de unos treinta centímetros de largo, por veinte de ancho y diez de grueso, que dejó en el suelo. Al lado colocó otro artefacto similar y conectó ambos por un cable conductor.

Sacó una antena telescópica del primero. Luego, sin hacer ruido, dio la vuelta al jardín y se situó en la parte posterior de la casa.

El edificio estaba brillantemente iluminado. Algunos de los muros eran opacos, sin embargo. Allen sabía que un proyectil corriente rebotaría en las paredes de la casa semiesférica; eran de vidrio blindado.

Procuró situarse en un punto diametralmente opuesto a dónde había dejado las dos capas. Hecho esto, sacó un aparato de control y pulsó el botón de mando.

Algo disparó un peso unido a un fino hilo de cobre. El proyectil describió una larga parábola y cayó al suelo a sus espaldas. El punto máximo de la trayectoria del hilo quedaba a bastante altura de la casa, pero a cesar la tensión, descendió ondulando.

A unos cinco metros de la parte superior de la casa empezaron a producirse repentinamente numerosos chispazos de gran intensidad lumínica. Allen se puso en pie y saltó hacia delante, como impulsado por una ballesta.

Delante de sí llevaba una especie de escopeta de dos cañones. En realidad, era un proyector de energía, alimentado por un generador situado en la mochila que tenía a su espalda.

Las descargas de la escopeta hicieron saltar todas las trampas. Delante de él, a medida que avanzaba, se veían brillar fogonazos y se producían numerosos chasquidos. Una vez estalló demasiado cerca un proyectil congelador y un frío horrible invadió su cuerpo.

Por unos instantes, temió que el frío paralizase sus músculos. Pero siguió adelante.

En la casa se veía un gran movimiento. Había algunas ventanas abiertas y salían gritos e imprecaciones poco amistosas.

Allen alcanzó la base de la columna que sustentaba el edificio. El vozarrón de Wton llegó con claridad a sus oídos:

—¡Allen! ¡Sé que está aquí! ¡Salga inmediatamente o mataré a la chica!

El joven no hizo caso. Por el momento, Thalia estaba segura. Aunque comprendía que Wton pretendía eliminarlos a ambos, sabía que el forajido quería hacerlo sin correr riesgos.

—¡Vamos, imbéciles! —tronó Wton de nuevo—. ¡Salid a buscarlo! En el momento en que lo encontréis... ¡matadlo!

* * *

El suelo del edificio estaba a unos seis metros del césped. Allen se situó al pie del borde, en un sector opaco, y lanzó hacia arriba una ventosa automática, provista de una delgada pero fuerte soga. Se izó con la agilidad de un simio y empezó a trepar por la pared curva de la casa, ayudándose de otras ventosas análogas que llevaba puestas en las manos, con unos guantes especiales.

La cuerda se replegó por sí sola apenas cesó de gravitar sobre la ventosa. Allen se arrastró por la zona opaca, acercándose a un sector iluminado.

Casi en posición horizontal, divisó debajo de él un amplio salón, en el que vio a Thalia atada a un sillón. Wton, con una pistola colapsante en la mano, miraba con ansiedad a través de los ventanales.

Se oían voces por el jardín. Los esbirros de Wton le buscaban con ahínco. Allen sonrió mientras con una microsierra cortaba un círculo en el techo de cristal.

La sierra actuaba en completo silencio. Allen sujetaba la parte que iba a separar con la ventosa de la mano izquierda. Al fin, completó el círculo.

Thalia levantó la vista en aquel momento y lo vio. La joven contuvo una exclamación de alegría.

Allen le guiñó un ojo. Tiró con fuerza y el círculo de vidrio se desprendió de golpe.

Pero hizo ruido. Alarmado, Wton volvió la cabeza.

Casi en el mismo instante, una masa oscura cayó sobre él, derribándole al suelo. Wton era un hombre temible físicamente, pero la sorpresa actuó a favor de Allen.

Instantes después, Allen encañonaba a Wton con su propia pistola.

—Celebro verte bien, Thalia —saludó.

—Llegas en un momento muy oportuno —replicó ella—. ¿Puedes desatarme?

—Claro, preciosa.

Con la mano izquierda, sin dejar de vigilar a Wton, Allen sacó una navaja automática. Instantes más tarde, Thalia se puso en pie.

—Mis hombres subirán enseguida —amenazó Wton.

Allen pasó la pistola a Thalia.

—Vigílalo. Si se mueve, tira a matar —ordenó.

—Sí, Eric.

Allen dio la vuelta por detrás del forajido y le quitó del cuello la caja de control. Presionó el interruptor de contacto y luego lanzó la caja sobre un diván.

—Ahora ya podemos hablar tranquilamente —dijo.

Una voz llegó del jardín.

—¡Jefe! ¡No hay nadie por aquí abajo! ¡Vamos a subir!

—¡No...!

El grito de Wton fue cortado de repente por una atronadora explosión que se produjo al pie de la casa. Alguien aulló un momento y luego las voces humanas se acallaron.

Allen miró sonriendo al bandido.

—También había una trampa en el ascensor, ¿verdad? Usted la desconectó para que sus esbirros pudieran bajar sin peligro al jardín, pero yo la conecté de nuevo y la trampa funcionó apenas se puso en marcha el ascensor.

Wton hizo crujir sus dientes.

—Pagará caro lo que ha hecho —amenazó de nuevo.

* * *

—Sus bravatas no me aterran, Wton —contestó Allen tranquilamente—. Dígame, ¿por qué trata de asesinarnos?

El forajido guardó silencio.

—Es algo que no he conseguido explicarme, Eric —dijo Thalia.

—Tampoco yo —respondió Allen—. Pero me he formulado una hipótesis.

—¿Sí, Eric?

—Wton actúa por encargo de otra persona.

—¿Quién? —preguntó Thalia, sorprendida.

—Eso es lo que no sé, pero sus motivos no son los de costumbre. No quiere liquidamos por encargo de un marido despechado o de un competidor frustrado en sus negocios, cosa que suele hacer con frecuencia. No, sus motivos son muy distintos. ¿Me equivoco,

Wton?

El forajido continuaba silencioso.

—Creo que empiezo a comprenderte —dijo Thalia.

—Lo celebro, porque, en tal caso, sobran las explicaciones. Wton, no se interponga más en nuestro camino —indicó Allen en tono amenazador—. Nuestra próxima entrevista tendría resultados fatales para usted.

—Eso es algo que está por ver —respondió Wton con hosquedad.

—Trate de verlo y lo comprobará. ¿Vamos, Thalia?

—Sí, Eric.

—¡Espere un momento! —pidió Wton.

—¿Qué es lo que quiere ahora? —preguntó.

—Más de uno intentó entrar en mi casa sin mi permiso. Ninguno lo consiguió, salvo usted.

—Ah, quiere saber cómo burlé sus trampas —sonrió Allen.

—Sí, en efecto.

—Muy bien. La cúpula de energía quedó destruida al descargarse su potencial eléctrico por otro conductor de signos contrarios; es decir que toda la carga eléctrica de la cúpula fue a tierra. Disparé un peso que remolcaba un hilo de cobre. El peso describió un semicírculo en el aire y cayó al otro lado de la cúpula y... ¿Lo entiende ahora?

—Perfectamente. ¿Y las demás trampas?

—Las accioné con descargas de energía. Lo mismo hubiera podido hacerlo a pedradas, pero las piedras pesan más que la escopeta y la batería.

Wton se sentía pasmado.

—Nunca se me hubiera ocurrido —confesó.

—Usted es demasiado rutinario. Hay que tener ideas —rio el joven, a la vez que alargaba la mano para recobrar la pistola.

—El ascensor está destruido —dijo Wton.

—Usaremos la escalera de emergencia —contestó Allen—. Y gracias por habérmelo recordado.

Con la mano izquierda, desconectó de nuevo todas las trampas. Luego se colgó la caja de control del cuello.

Repentinamente, Thalia lanzó un grito de aviso.

—¡Cuidado, Eric!

Allen se volvió. Asomado a una escalera, apoyado, en el borde del edificio, había un individuo armado.

Allen disparó antes. El proyectil colapsante hizo dar un tremendo salto al forajido, lanzándolo ya muerto al suelo del jardín. Al caer, la escalera se deslizó a un lado.

—Por lo visto, no todos cayeron en la trampa del ascensor —murmuró, mientras en compañía de la muchacha se dirigía en busca de la escalera de emergencia.

Un minuto después, estaban fuera del jardín. Allen volvió a conectar todas las trampas y luego lanzó la caja de control a un macizo de flores.

—Ahora —comentó alegremente—. Wton se lo pensará dos veces antes de abandonar su casa.

—Debes tener mucho cuidado con él —observó Thalia.

—Lo sé. No es un enemigo cómodo. ¿Te hizo daño?

—No, en absoluto. Pero estaba dispuesto matarme. Y a ti también. ¿Por qué, Eric?

—¡Qué pregunta! —resopló Allen—. ¡Por la fórmula para destruir un planeta!

Capítulo IX

Estaban en casa de Thalia. El regreso se había efectuado sin novedad.

Thalia dijo que necesitaba cambiarse de ropa. Allen aprovechó la ocasión para servirse una copa.

Probó el vino. Hizo una mueca.

—Sintético —gruñó.

Ella apareció minutos más tarde, con el pelo sujeto en cola de caballo y vestida con un mono sin apenas perneras y de mangas cortas. El tejido era blando, esponjoso, de vivo color rojo.

—Estás encantadora —sonrió él.

—No tengo humor para elogios —dijo Thalia con cierta sequedad—. Vivía muy apaciblemente y tú viniste a quebrar mi tranquilidad.

—Lo siento. Yo lo ignoraba todo acerca de ti. Acepté el mensaje de Hassin porque no me quedaba otro remedio.

—Discúlpame, estoy un poco nerviosa —manifestó Thalia.

—Eso se cura con un traguito —comentó él jovialmente—. Pero a ver si compras vino legítimo y no sintético.

—El sintético sabe igual y no tiene alcohol.

—Lo cual convierte en una mentira lo de que sabe igual. La falta del alcohol convierte al vino sintético en algo parecido a una mujer sin cara, ni talle ni piernas.

—En un ser inexistente, vamos.

—Claro. Lo mismo da vino sintético que nada —sonrió él.

—Admiro tu buen humor —confesó Thalia—. ¿Qué piensas hacer ahora?

Allen encendió un cigarrillo.

—Wton te secuestró y no pidió rescate —dijo, después de la primera bocanada de humo—. Eso no es lógico en un tipo como él.

—Sí, cierto —concordó Thalia.

—Tampoco es un hombre que actúe por amor al arte. Alguien le pagó por eliminarnos como posibles competidores.

—¿Quién, Allen?

—Uno que también tiene interés en la Fórmula Ekrin-Tbar, preciosa.

—Pero ¿no se te ocurre algún nombre? ¿Tal vez el coronel Fert-Tsu?

—Thalia, Fert-Tsu es de las personas que sienten un perenne interés por la fórmula. A fin de cuentas, es katschukiano.

—Sí, es verdad —murmuró ella pensativamente—. Me imagino que debe de haber más de uno que quiera conseguir esa fórmula.

—Nosotros, es decir, los terrestres; los de Jwaz IX de Vega... ¡Hay tantos que querrían conseguirla! Sin olvidar a Trook, claro.

Thalia le miró fijamente.

—Y tú el primero —dijo.

—Sí, preciosa.

—Para tu planeta.

—Te equivocas, Thalia.

—Entonces, ¿para qué quieres la fórmula, Eric? No entiendo tu proceder, te lo aseguro —dijo ella, desconcertada.

—Te lo explicaré. Quiero la fórmula para destruirla; para evitar que algún día un chiflado pueda volatilizar un planeta con la simple presión de un dedo sobre un botón de control o un puntapié a un pedal de mando. Para eso y por eso quiero la fórmula —remató Allen de manera concluyente.

* * *

Las peripecias corridas en los últimos días le hacían ser muy precavido. Por eso, en cuanto oyó que llamaban a su habitación en el hotel, a la mañana siguiente, lo primero que hizo Allen fue empuñar una pistola colapsante.

Abrió la puerta.

—Respiro aliviado —dijo sonriendo.

Thalia entró en la habitación.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—Precaución solamente —contestó él—. ¿Te ocurre algo?

Thalia le miró un instante. Luego bajó la cabeza.

—Esta noche apenas he podido dormir —declaró.

—Regresaste muy tarde a casa —le recordó Allen con la sonrisa en los labios.

—No es eso, Eric. Es... la Fórmula.

—¿Qué pasa con la Fórmula ahora? ¿Ha ocurrido algo de nuevo?

Ella sacudió la cabeza.

—Que yo sepa, no —respondió—. Pero he llegado a la conclusión de que tienes razón, que es preciso destruirla. Cualquiera que sea la forma de pensar de las gentes de un planeta, no es lícito tener suspendidas sobre sus cabezas la amenaza de una destrucción total.

Allen se acercó a la joven y la estrechó entre sus brazos.

—Así esperaba oírte hablar —dijo—. Puedo ser un ladrón, pero también tengo mis sentimientos. Robar unas joyas a un rico no es lo mismo que asesinar de golpe a diez mil millones de personas.

Thalia le miró pensativamente y dijo:

—Tú también eres un ladrón.

—En mi planeta, de «guante blanco». Pero ya me había hecho ver demasiado en algunos planetas y acabé recalando en Katschuk, por fortuna para mí, pienso ahora.

—Es curioso —sonrió Thalia—. Una extraña coincidencia.

—Pero agradable, ¿no?

Thalia seguía sonriendo. Allen se inclinó hacia ella.

Esta vez, Thalia no opuso resistencia.

—¿Qué piensas hacer después, Allen? —preguntó ella unos instantes más tarde.

—¿Yo? Bueno, pues tengo la intención de ir...

—Yo me refería a un futuro un poco lejano, no a lo que piensas hacer ahora —puntualizó Thalia.

—¿Quieres que deje el «oficio»? —sonrió él.

—Nada me gustaría más, querido. Robar no es lo mismo que matar... pero tampoco compensa, a la larga.

—No soy torpe y he estudiado mucho, así que algún trabajo encontraré. El porvenir no me preocupa a este respecto, querida.

—Me alegro, Eric. Y respecto a un futuro más próximo, ¿cuáles son tus intenciones?

Allen dejó de sonreír.

—Tenía planeada una entrevista con uno de los dos superviviente de la elaboración de esa maldita fórmula, el doctor Ekrin. Tbar murió en una prueba hace tiempo.

—Me gustaría ir contigo, Eric —confesó Thalia.

—Entonces, no lo demoremos más, hermosa.

* * *

Thalia había llegado cuando Allen se disponía a salir, de modo que apenas tardó algunos segundos en estar listo.

Un minuto más tarde, montaban en el monorrueda de Thalia, que ella misma se encargó de conducir.

—¿Sabes dónde vive el doctor Ekrin? —preguntó ella, al arrancar.

—Sí. Avanza por la autopista Doce hasta el kilómetro noventa y cinco. Ya te indicaré al llegar a ese punto.

Las calles de Tsulstaia eran amplias y el sistema de señalización funcionaba a la perfección. En pocos minutos alcanzaron la

periferia de la ciudad.

Entonces, Thalia aceleró y el vehículo alcanzó sin esfuerzo los doscientos kilómetros por hora. Un excelente radar aceleraba o frenaba automáticamente la marcha, de acuerdo con los vehículos que circulaban en la misma dirección.

Poco antes de alcanzar el lugar señalado, Thalia redujo la velocidad. Recién rebasado el kilómetro noventa y cinco, Allen le indicó que girase a la derecha, por una carretera secundaria que serpenteaba entre las colinas.

Más allá, se divisaban los picos de la barrera montañosa que encerraba el valle de Alkbar. Thalia se extrañó de que Ekrin viviese en un lugar tan apartado.

—Razones de seguridad —explicó Allen.

—¿Por su persona?

—Por sus experimentos —rio el joven.

Cinco minutos más tarde, avistaron la residencia de Ekrin. Era una casa de construcción antigua y dos plantas, rodeada por una elevada tapia.

Allen divisó parado un monorrueda de seis plazas frente a la entrada. El detalle le hizo fruncir el ceño.

—¡Cuidado, Thalia! —advirtió.

Un hombre se apeó del monorrueda al verlos llegar. Su aspecto desagradó a Allen de inmediato.

A guisa de precaución, sacó su pistola y la colocó sobre las rodillas. Thalia viró y estacionó su monorrueda junto al otro.

—¡Eh, amigos! —dijo el hombre—. Lárguense de aquí; esto es territorio prohibido.

—No lo sabíamos —contestó Allen con naturalidad—. ¿Acaso es usted agente del gobierno?

El otro vaciló.

—Sí —dijo, tras algunos segundos de demora.

—Entonces, supongo que no tendrá inconveniente en mostrarnos su documentación, ¿verdad?

Allen sonreía al hablar. El individuo volvió a vacilar.

—Bueno, ¿no tiene documentos ni insignias de su cargo? —preguntó Allen.

—Se lo voy a enseñar ahora mismo —contestó el sujeto de mal talante. Introdujo la mano dentro de su blusa y sacó una pistola.

Allen fue más rápido. Su colapsante funcionó con mortales resultados.

Thalia apartó la vista a un lado. Allen saltó al suelo y arrastró el cadáver del sujeto hasta el pie de la tapia.

Mientras lo hacía, Thalia se acercó a la verja de entrada. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Eric, cuidado, viene gente! —advirtió.

Allen dio un salto y asomó un poco la cabeza. Por el sendero central del jardín venían cuatro individuos.

Dos de ellos flanqueaban a uno de mediana edad, que no parecía caminar a gusto. El tercero marchaba en retaguardia.

Allen tiró de la mano de Thalia y la hizo situarse a su lado. Esperaron unos segundos, con los nervios en tensión.

La puerta se abrió y la pequeña comitiva salió al exterior. Uno de sus componentes dejó escapar una interjección al ver dos monorruedas, ambos vacíos.

—¡Eh! ¿Dónde diablos se ha ido Bhistl? —exclamó.

—Su amigo está en un sitio del que no se vuelve jamás —habló Allen de pronto.

Los tres sujetos se revolvieron en el acto. Uno de ellos intentó sacar su pistola.

Nuevamente fue Allen más rápido. El proyectil provocó un colapso cardíaco que fulminó al individuo.

Los otros dos levantaron las manos en el acto.

—Así me gusta, sensatez sobre todo —sonrió Allen—. Thalia, aparta al doctor Ekrin —indicó.

—Sí, Erik —contestó la muchacha.

El científico fue separado de la pareja. Los dos secuestradores se mostraban muy nerviosos.

—Oiga —dijo uno de ellos—, no pretenderá ahora...

—No teman —contestó Allen—. Solo disparare en defensa propia, si al sacar sus pistolas y dejarlas en el suelo, intentan usarlas contra mí. ¿Entienden lo que quiero decirles?

—Se entiende muy bien, sí, señor —suspiró el hombre.

Dos pistolas cayeron al suelo. Una era congeladora y la otra colapsante. Las formas de ambas eran muy diferentes.

—Usted debe ser Allen —afirmó el otro secuestrador.

—Lo admito. Y ustedes, presumo, trabajan, es un decir, para un tipo llamado Heryk Wton.

Hubo un momento de silencio. Al fin, el primero que había hablado, contestó:

—De nada serviría negarlo, señor Allen.

—Perfectamente. En ese caso, hagan el favor de recoger sus muertos y llevárselos de aquí. Cuando vean de nuevo al señor Wton, díganle que no se interponga en mi camino. Esta es mi última advertencia —concluyó Allen con tono que no admitía réplica.

Cinco minutos más tarde, el monorrueda de los secuestradores desaparecía de la escena. Allen enfundó la pistola y atravesó la verja, encaminándose a través del jardín en dirección a la casa, en cuyo interior se hallaban ya Thalia y el doctor Ekrin.

* * *

—No me causaron ningún mal —confesó Ekrin minutos más tarde—. Solamente ataron a mi esposa y al ama de llaves. Están en una habitación del piso superior...

—Ahora subiremos a liberarlas —dijo Allen.

—Yo me encargaré de ello —se ofreció Thalia—. Tendré que calmarlas; las pobres deben de estar muy nerviosas.

Thalia desapareció en dirección al piso superior. Allen y el científico quedaron a solas.

—¿Le dijeron las causas de su secuestro, doctor? —preguntó Allen.

—No. Imagino que tratarían de pedir un rescate...

—No, sea iluso, doctor. Esos tipos buscaban algo más.

Ekrin miró asombrado a su libertador.

—¿Qué podían buscar? —preguntó.

—La fórmula que elaboraron entre usted y el difunto doctor Tbar.

—¡Pero no la recuerdo por completo! ¡Es una fórmula complicadísima y está escrita en dos cuadernos de ciento cincuenta páginas cada uno!

—¿Dónde están esos cuadernos? —inquirió Allen.

—En Alkbar, junto con la única muestra elaborada hasta ahora —contestó Ekrin.

Allen frunció el ceño.

—No lo entiendo —dijo—. De modo que la fórmula ocupa nada menos que trescientas páginas.

—Sí. Como comprenderá, no puedo recordarla en su totalidad, a pesar de que yo, en persona, hice todas las anotaciones. Tbar y yo trabajábamos juntos, ciertamente, pero yo fui el que escribió la fórmula.

—Muy bien, sin los cuadernos, no se puede repetir la fórmula. Y ahora, por favor, dígame en qué consiste esa maldita receta para destruir un planeta.

—Le dimos el nombre de «ekribarina», usted ya puede darse una idea del origen de la palabra —contestó el científico.

—Sí, es fácil adivinarlo —dijo Allen—. Pero ¿cuáles son los efectos de la «ekribarina», doctor?

—Horribles. Destruye un planeta...

—Eso ya lo sé —gruñó el joven, impaciente—. Pero ¿de qué manera? ¿Peste, voladura, fusión?

—No. Disgregación. Rotura de la cohesión molecular... de todas las moléculas, ya sean sólidas, líquidas o gaseosas.

Allen se quedó boquiabierto al oír la respuesta.

—Eso significa que el planeta atacado con la «ekribarina» se disuelve en el espacio —comentó.

—Literalmente, así se puede considerar —confirmó Ekrin. Y, orgulloso, añadió—: ¿No le parece que es un invento magnífico?

Allen miró con desprecio y horror simultáneos a aquel megalómano, coautor, con otro sujeto de parecidas características, de una fórmula que podía convertir a un planeta en polvillo cósmico.

—De buena gana le pegaría un tiro —masculló.

—¿Decía...? —inquirió Ekrin.

—Nada —contestó Allen de mal talante—. Oiga usted dice que la muestra está en Alkbar. Pero si es así, Katschuk debería estar ya reducido a polvo.

—¡Oh, no hay cuidado! —replicó Ekrin—. La muestra está encerrada en una caja de diamante puro, la única sustancia que resiste la descohesión provocada por la «ekribarina». Es decir también se produce descohesión molecular en el carbono puro, que es el diamante, como usted no ignora, pero el período de acción es larguísimo. Puede durar años enteros.

—¿Y en otras sustancias?

—Muy rápido. La prueba que hicimos en un asteroide que medía unos veinte kilómetros cúbicos de masa, nos dio un tiempo de treinta minutos aproximadamente. Pero la descohesión se acelera cuanto más masa haya sido afectada por la acción de la «ekribarina».

—Lo que significa, para un planeta como este...

—Dos días, tres quizá, pero no más.

—¿Afecta también la «ekribarina» a las personas?

—A todo, excepto al diamante, aunque como digo, a la larga, también se convierte en polvillo molecular. Pero pueden pasar cuatro o cinco años antes de que sea necesario renovar el recipiente. Si la «ekribarina» fuese empleada en algún planeta, los únicos fragmentos que quedarían flotando en el espacio, si bien ya afectados, serían los de carbono puro. No abundan demasiado los diamantes en los planetas, ¿verdad?

Allen se pasó la mano por la cara.

—¡Condenados científicos! —gruñó—. En vez de buscar un remedio para duplicar la duración de la vida humana… Está bien, celebro que su fórmula ocupe nada menos que trescientas páginas. De este modo, un secuestrador, no puede hacérsela repetir.

—En eso se equivoca usted rotundamente, mi querido ladrón —dijo Fert-Tsu a espaldas del joven.

* * *

Allen levantó las manos en el acto. Fert-Tsu se echó a reír.

—No tema —dijo—, no estoy apuntándole con una pistola.

—Respiro aliviado —dijo Allen—. Creí que vendría a arrestarme.

—Podría hacerlo, pero no tengo ya motivos contra usted. Está libre, Allen.

—Gracias, coronel. ¿A qué debo tanta magnanimidad?

—Sencillamente, a que he venido a llevarme al doctor a lugar seguro.

—¿Por qué? Es inofensivo.

—Su mente, no, Allen.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Creo comprender —dijo el joven, rompiendo al fin el silencio.

—Sí —confirmó Fert-Tsu—. El doctor Ekrin redactó la fórmula. En estado ordinario, como ahora, no la recuerda en su totalidad. Ahora bien, sometido a la acción de una droga que libre de inhibiciones su subconsciente, podría recitarla de la primera a la última página, sin omitir un solo punto.

—Ya —murmuró Allen—. Y usted viene a ponerlo a buen recaudo.

—Exactamente.

—Lo exigen altos intereses del planeta.

—Así es. ¿Había venido usted a secuestrar al doctor, Allen? —preguntó Fert-Tsu.

—No, coronel. Solo pretendía un poco de información, que el doctor me facilitó gentilmente. En cambio, otros sí pretendieron secuestrarlo.

Fert-Tsu hizo un gesto de extrañeza.

—¿Quiénes, Allen? —inquirió.

—Hombres enviados por un tipo que se llama Heryk Wton. ¿Lo conoce?

—Demasiado —mascculló el policía—. Pero ¿qué diablos pretende Wton? Es un vulgar jefe de banda…

—Wton ha trabajado siempre por interés. Que ahora se mezcle en un asunto político-estratégico, no tiene importancia; lo hace

porque alguien le paga. Y muy generosamente, presumo.

—¿Quién, Allen?

—Si lo supiera, se lo dirían, coronel, créame.

Los dos hombres se miraron fijamente unos segundos. De pronto, se oyeron pasos en la escalera que conducía al piso superior.

Fert-Tsu se volvió. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Encantadora visión —dijo—. ¿Ha venido acompañando al señor Allen, señorita Gazna?

—Así es —contestó Thalia. Enseñó las manos—: Soy inocente.

Fert-Tsu se inclinó en una reverencia.

—Nada más lejos de mi ánimo que formular la menor acusación contra usted —manifestó.

—Gracias, coronel. Doctor, su esposa y la sirvienta se encuentran perfectamente. Eric, creo que podemos marcharnos ya.

—Con permiso del coronel Fert-Tsu —dijo Allen.

—No hay objeción —respondió el aludido.

* * *

Thalia se paseaba por la sala de su residencia, con una copa en la mano derecha y el codo del mismo brazo apoyado en la otra mano. Allen tomaba pausadamente unos sorbos de su copa, sentado en un diván de estremecedor diseño.

—De modo que la fórmula está en la Sala de los Reyes, en el palacio de Alkbar —dijo, sin dejar de ir y venir, descalza, por el blando pavimento de la sala.

—Así es; y encerrada en una caja de carbono puro, alias diamante. Es la única forma de evitar que Katschuk se convierta en polvillo cósmico.

—Eric, ¿qué harías si tuvieses la fórmula en tu poder? —preguntó Thalia repentinamente.

—Primero, quemaría los cuadernillos de notas.

—¿Segundo?

—Arrojaría la «ekribarina» a un lugar donde no pudiera hacer daño a nadie —contestó Allen.

—No en la superficie de Katschuk, por supuesto —dijo Thalia.

—Efectivamente, pero ¿a qué soñar? La entrada en Alkbar es imposible.

Thalia le miró fijamente.

—¿Tú dices eso, Eric? —preguntó.

Allen apuró el resto de su copa y se puso en pie.

—Me siento un poco desalentado —confesó.

—Prácticamente, apenas has empezado a actuar. Todavía queda

la fase más importante, Eric.

—Y la más difícil, ya lo sé. Pero...

El joven se mordió los labios.

—Casi lo dejaría, si no fuese por un detalle —declaró, tras una breve interrupción.

—¿Cuál, querido?

—Wton. Ahora ya sabemos que actúa por orden de alguien que le paga para conseguir la «ekribarina».

—Dime quién es esa persona, Eric —rogó Thalia.

—Algún servicio de espionaje extraplanetario. ¿Qué te creías?

Thalia hizo un signo de asentimiento.

—Sí, pero ¿a qué planeta pertenece?

—A cualquiera. Todos, estimo, están interesados en conseguir la fórmula.

—Pero Wton nos podría decir por orden de quién actúa —alegó ella.

—Podría, pero no querrá.

—Y ahora estará más receloso que nunca —suspiró la joven—. Te propongo una cosa, Eric.

—Dime, cariño.

—Vamos mañana de excursión al valle de Alkbar. Podremos examinar de nuevo el palacio. Tenemos que elaborar un plan de ataque, de tal modo, que no fallemos en el momento de la acción.

—Muy bien, como tú digas. Y ahora, yo voy a formularte, a mi vez, otra proposición.

—¿Cuál, Eric?

—Vamos a cenar a algún lugar donde haya una buena cocina.

—El «Centella de Oro», por ejemplo.

Allen levantó las cejas.

—¿Por qué allí, precisamente?

—Es muy elegante y a mí me gustan las cosas buenas, cuando puedo.

—Claro, *voy* a pagar yo —refunfuñó él.

Pero se echaron a reír los dos a la vez. Se sentían felices, en medio de sus preocupaciones. Allen la besó. Ella dijo que iba a arreglarse, pero que estaría lista en cinco minutos. Fueron cuarenta, aunque al joven no le importó en absoluto la demora.

La visión de Thalia, ataviada de fiesta, le compensó sobradamente de la espera.

Capítulo XI

—Lo he visto cenando en el «Centella de Oro», en compañía de una dama hermosísima, señor Allen.

El joven estaba recogiendo la llave de su cuarto en la recepción del hotel donde se alojaba. Al oír la voz que le interpelaba, se volvió.

—Muy hermosa, en efecto, general —convino.

—La juventud —suspiró Barrix—. ¡Qué envidia me dan! Es lo único que me hace sentir infeliz a veces.

—Usted también lo fue a su tiempo, general. Y no se puede decir que sea un anciano. Yo calculo que aún le quedan cien años de vida.

—¿Con esta figura y sin un pelo en la cabeza?

Allen se echó a reír.

—Confórmese con lo que tiene —dijo—. Además, está calvo y gordo porque quiere. Hoy día, esos defectos se curan fácilmente.

—Sí, pero me da pereza meterme en el quirófano. Bueno, Eric, no quiero molestarle más. Seguramente, estará deseando echarse a dormir.

—No ha sido molestia, sino placer, general. ¿Qué tal lo pasa en Katschuk?

—No puedo quejarme —respondió Barrix de forma ambigua—. Buenas noches, Eric.

—Buenas noches, general.

Allen contempló al gordo individuo, que se alejaba hacia el bar moviéndose pesadamente. Sentía cierta desconfianza hacia Barrix. Aunque no le conocía demasiado, estaba casi seguro de que su estancia en Katschuk no obedecía precisamente al placer de unas vacaciones.

Subió a su habitación. Cuando salía del ascensor, vio que un individuo desaparecía a la carrera por el recodo del pasillo situado al extremo.

Allen frunció el ceño. La actitud del sujeto no le pareció natural. Su habitación estaba cerca del recodo. Hubiera jurado que el sujeto había salido de ella.

¿Le habían preparado una trampa?

Se acercó a la puerta y la estudió en silencio durante unos segundos. De pronto, sacó la cartera, extrajo un billete de cien denarios, de tamaño mediano, hizo con él una pelota y lo lanzó al ojo de la cerradura.

El papel ardió instantáneamente. Allen pegó un salto que le llevó hasta la pared opuesta del corredor.

Sí, alguien había montado una trampa. Energía pura.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. De haber metido la llave sin más en la cerradura, habría perecido instantáneamente.

Conociendo la trampa, desmontarla le resultó no demasiado difícil. Momentos después, entraba en el dormitorio.

Aprensivo, llamó por teléfono a Thalia, quien le contestó medio adormilada.

—Ya estaba casi dormida —se quejó ella—. ¿Qué sucede?

—¿No te ha pasado nada? ¿Estás bien?

—Sí, Eric. ¿Es que ocurre algo grave?

—Me pusieron una trampa —explicó él—. Una cápsula de energía en la cerradura de mi cuarto.

—¡Oh! —exclamó Thalia—. ¿Y no te ha sucedido nada?

—Por fortuna. Sospeché algo y... —Allen le explicó lo ocurrido y añadió—. Temo que a ti te hayan hecho algo por el estilo.

—Hasta ahora, no he encontrado nada de particular —contestó Thalia.

—De todos modos, bueno será que estés prevenida. Tienes muchos aparatos en casa: dispensadora de alimentos, calefacción, frigorífico, televisor... La trampa puede estar en cualquier chisme, así que busca un palo largo y tantea antes de ponerlo en funcionamiento. ¿Has entendido?

—Sí, Eric. ¿Crees que es cosa de Wton?

—¿Quién otro podría ser, hermosa? Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Eric.

Allen apagó el fonovisor y se quitó la blusa y la camisa, quedando con el torso al aire. En el mismo instante, sonó el timbre del fonovisor.

Dio el contacto. Una cara conocida apareció en el acto en la pequeña pantalla del fonovisor.

—Hola, Kwina —saludó el joven, sorprendido—. ¿Ocurre algo?

La mujer sonreía.

—Te he visto en mi local, cenando con una muchacha muy elegante —dijo.

—Sí, es una buena amiga mía —mintió él a medias.

—Embustero. Os devorabais con los ojos. ¿Cuándo te casas, Eric?

—Estás de broma, Kwina...

—Como quieras. Lo malo es que te aprecio, por eso te he llamado.

—¿Para felicitarme?

—No, tonto. Lo que quiero decirte es que he visto a Wton esta noche en el local.

—Una noticia interesante —murmuró Allen.

—Pidió un reservado, el número once. Un cuarto de hora más tarde, un hombre preguntó por ese reservado.

—¿Quién era? ¿Lo conoces?

—Estuvo cenando en el restaurante, solo…

Antes de que Kwina concluyera su informe, Allen lo había adivinado ya.

—Era un tipo cincuentón, calvo, gordo, no sé más —concluyó la mujer.

Allen hizo un gesto.

—Gracias, nena; ha sido un informe muy bueno. Te lo agradezco sinceramente.

—Si no te apreciase tanto… —suspiró Kwina, y acto seguido cortó la comunicación.

Allen se quedó pensativo unos momentos. Luego, después de reflexionar un poco, tomó una decisión.

Marcó el número de la centralita del hotel y pidió que le pusieran con la jefatura de la P.S.P. una vez consiguió la comunicación, preguntó por el coronel Fert-Tsu.

—Ausente —contestó el policía de servicio.

—¿Dónde está?

—Lo siento, señor; no podemos informarle.

—Amigo, usted conoce el número del coronel. Llámelo inmediatamente y dígale que se ponga en contacto conmigo. Le doy la oportunidad de elegir entre un ascenso o una patada en las posaderas, así que piense bien cuál es su decisión. Mi nombre es Eric Allen y me hospedo en el «Supergalaxy».

Allen cortó la comunicación y se sentó a esperar, estaba a punto de terminar el cigarrillo, cuando sonó la señal de llamada en el fonovisor.

La cara de Fert-Tsu apareció a poco en la pantalla. El coronel no parecía de muy buen humor.

—Estaba durmiendo —se quejó.

—Su oficio es perder el sueño en los momentos más inesperados —contestó Allen mordazmente—. Favor por favor, voy a hacerle uno muy apreciable.

—No me diga —se burló el policía.

—El general Barrix está en Katschuk. Fue director de Orden en Jwaz IX, de Vega. Cuando yo me marché, se hablaba de él para un

cargo político todavía más elevado.

Fert-Tsu entornó los ojos.

—Interesante —calificó—. Siga, Eric.

—Esta noche se ha entrevistado con Wton.

—Más interés todavía. ¿Eso es todo?

—Sí, coronel. Ahora le corresponde a usted sacar las conclusiones de la noticia que acabo de darle. No voy a hacerlo yo todo.

—Claro —declaró Fert-Tsu—. Gracias por sus informes, Allen, pero, ¿de dónde los ha obtenido usted?

—¿Revela usted sus fuentes de información, coronel?

Fert-Tsu se echó a reír.

—Está bien, Allen. El panorama se está clarificando cada vez más.

—Lo celebro infinito, coronel.

—Gracias otra vez, Allen. Por mi parte, voy a hacerle un favor.

—¿De qué se trata?

—Olvidaremos sus trapacerías, Eric. Pero no se acerque a Alkbar. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Perfectamente, coronel. Buenas noches.

—Buenas noches, Eric.

* * *

Esta vez, Allen fue previsto de un pequeño telescopio, que situó sobre un trípode que graduó de modo que pudiera mirar en posición de sentado, quedándole las manos libres.

En las manos tenía una libreta y un lápiz, con el que tomaba notas o hacía croquis del panorama que divisaba a través del telescopio. Thalia estaba sentada a su lado.

—No va a ser fácil —dijo ella.

—Sobre todo, pensando en la advertencia de Fert-Tsu —contestó él, con el ojo derecho aplicado al instrumento óptico.

—En tu opinión, ¿cuál es el mejor medio de llegar a la Sala de los Reyes? —preguntó Thalia.

—Tenemos que preocuparnos dos cosas: un plano del palacio y una carta estelar.

—Entiendo que necesitas lo primero, pero ¿y la carta estelar?

Allen continuó tomando notas.

—Necesitaremos un yate espacial y los trajes de vacío correspondientes —manifestó—. ¿Puedes encargarte de ello?

—Sí, desde luego.

—Costará bastante.

—El dinero no me apura, Eric.

—Mejor, pues. También necesitaremos dos propulsores individuales, movidos por anti-gravedad.

—¿Qué más? —preguntó Thalia.

—Un taladro hipersónico y un detector de barreras de energía.

—Solo hay una, Eric: la que envuelve el islote.

—Quizá haya otra cubriendo la caja dónde está la fórmula.

—Sí, pudiera ser. ¿Eso es todo?

Allen se mordió los labios.

—Sobrarían muchas cosas, si pudiéramos encontrar la central eléctrica —dijo.

—No conseguirías gran cosa —declaró Thalia—. Cada trampa debe tener su generador individual, que entra en funcionamiento automáticamente, si falla la central. Es cuestión de pura lógica, Eric.

—Sí, tienes razón. Bueno, faltan algunas cosas más, pero ya terminaremos de estudiarlo en otro momento. Ahora...

Allen hablaba en aquellos instantes mientras miraba a través del telescopio. De pronto vio algo que le puso los pelos de punta.

—¡Corre, Thalia! —gritó.

La joven, alarmada, miró hacia el palacio, situado a unos cinco kilómetros de distancia. Una bola de fuego se dirigía vertiginosamente hacia el lugar donde se encontraban ellos.

Allen se puso en pie de un salto y tiró de la mano de Thalia. Los dos corrieron quince o veinte pasos, hasta encontrar un pequeño hoyo herboso.

—Aquí —gritó él, tirándose al suelo de cabeza.

La bola de fuego llegó en aquel instante y chocó contra el telescopio, deshaciéndolo con un tremendo fogonazo, de luz blanquísima, a la vez que se escuchaba un tremendo estallido.

Allen y Thalia sintieron en sus espaldas una oleada de calor espantoso. El árbol bajo el cual habían estado empezó a arder instantáneamente.

—Larguémonos —dijo él.

Echaron a correr ladera abajo, pero ya no sufrieron ningún otro ataque. A unos doscientos metros, se detuvieron y miraron hacia la cumbre de la colina, en la que se veían grandes llamas y una gran humareda.

—¿Qué fue eso, Eric? —preguntó Thalia, todavía muy pálida.

—Una esfera de energía —contestó Allen—. Seguramente, nos vieron desde el palacio y dispararon la carga para evitar que los observáramos.

—Estábamos muy lejos.

—¿Crees que ellos no disponen también de buenos telescopios? La guardia debe de tener órdenes muy severas, querida.

Ella hizo un signo de asentimiento.

—He pasado un susto horrible viendo aquella bola de fuego blanco que se nos echaba encima —declaró.

Allen movió la cabeza.

—No viajaba a demasiada velocidad —dijo—. Quizá fue solo una advertencia de Fert-Tsu.

—Empiezo a pensar que nos hemos echado sobre los hombros una tarea ímproba, Eric—. Se lamentó la muchacha.

Allen pegó los labios en un rictus de furia.

—Tengo que destruir esa maldita fórmula, cueste lo que cueste —dijo con gesto ceñudo.

Capítulo XII

La casa permanecía en la oscuridad. Allen aguardó oculto en las sombras largo rato, hasta que creyó llegado el momento de actuar.

Un centinela armado se paseaba arriba y abajo frente a la puerta de entrada. Allen cayó sobre él y lo redujo a la inconsciencia de un seco golpe en la base del cuello.

Acto seguido, arrastró al individuo hasta unos arbustos cercanos. Libre el paso, corrió de nuevo hacia el edificio y se situó al pie de una de las ventanas.

Lanzó una ventosa automática. Instantes después trepaba ágilmente por la cuerda, que se replegó por sí sola al sentarse en el antepecho de la ventana.

Allen tenía demasiada práctica para no forzar una ventana sin hacer el menor ruido. Un minuto más tarde, ponía el pie en la habitación.

En la oscuridad, percibió el sosegado rumor de la respiración de un durmiente. Se acercó a la cama y tocó en el hombro del individuo.

—Doctor —murmuró.

—¿Eh? ¿Qué...? ¿Quién es? —se sobresaltó Ekrin.

—No tema, doctor —dijo Allen—. Soy el que le salvó de ser secuestrado.

—Allen —dijo Ekrin, sentándose en la cama. En la oscuridad, miró a su inesperado visitante—. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Solo deseo saber una cosa, doctor: ¿Qué forma tiene la caja donde se guarda la fórmula?

—Pues... es un paralelepípedo de diamante puro...

—Eso ya lo sé. Sus dimensiones, quiero decir.

—Cuarenta centímetros de largo por otro tanto de alto y veinticinco de anchura. Está dividido en dos departamentos: el superior, algo más estrecho, contiene los cuadernos. La «ekabrina» está en el inferior, en otra caja de diamante.

—Dígame las dimensiones de la segunda caja, doctor.

—Ajustadas casi por completo al departamento que la contiene —respondió Ekrin.

—¿Cuál es el grosor de las paredes de diamantes?

—Cinco centímetros en todos los casos, Allen.

—¿Tiene alguna forma y color especiales la «ekabrina», doctor?

—Parece una pastilla de jabón de baño, ovalada, de unos doce por siete por cinco centímetros. El color es verde claro.

Allen sonrió.

—Gracias por sus informes, doctor —dijo.

—¿Piensa entrar en Alkbar? Es imposible —exclamó Ekrin.

—Toda puerta cerrada es susceptible de ser abierta, aunque sea sin su llave —contestó el joven de manera enigmática.

Y se dirigió hacia la ventana.

Momentos después, se hallaba en el jardín y corría hacia la salida. Cuando estaba a punto de alcanzarla, oyó un grito desesperado en la casa.

Se volvió. Las luces estaban encendidas.

Había sombras que se movían precipitadamente por las ventanas. Empezaron a sonar los primeros chasquidos que anunciaban las descargas colapsantes y congeladoras.

Allen se dijo que lo más conveniente era poner tierra de por medio. Salvó la tapia y corrió en busca de su monorrueda.

De repente, le pareció que se hundía el mundo o que el planeta estallaba en mil pedazos.

Un volcán de fuego eructó súbitamente, lanzando a lo alto un colosal chorro de llamas. El viento de la explosión hizo volar grandes fragmentos de la tapia.

Allen rodó por tierra, ensordecido y aturdido. A pesar de sus patas sustentadoras, el monorrueda volcó aparatosamente.

Durante un buen rato, estuvieron cayendo del cielo fragmentos de la casa. Allen se mantuvo boca abajo, protegiéndose la cabeza con los brazos, hasta que hubo cesado todo sonido.

Entonces se puso en pie. Aunque el monorrueda había volcado, los mecanismos giroscópicos no habían sufrido y pudo enderezarlo forzándolos al máximo. Momentos después, escapaba de aquel lugar a toda velocidad.

* * *

Tenía en la mano un metro, con el que media los bloques de cristal que cortaba con la sierra de diamante. Thalia contemplaba atentamente los trabajes.

De pronto, sonó el timbre del fonovisor. Thalia se levantó y dio el contacto.

La joven se sorprendió al ver en la pantalla una cara conocida.

—Coronel —exclamó.

—¿Está ahí Eric? —preguntó Fert-Tsu.

—Pues... —Thalia vaciló, mientras miraba al joven,

consultándole en silencio la respuesta que debía dar.

—Sí, aquí estoy —dijo Allen, acercándose al aparato—. ¿Ocurre algo, coronel?

—Me lo figuraba —declaró Fert-Tsu—. Al no estar en el hotel, debía hallarse en casa de Thalia. Celebro haber acertado, Allen.

—Gracias, coronel. Ahora, por favor, dígame, ¿en qué puedo servirle?

—Se lo diré ahora mismo. El doctor Ekrin ha muerto.

—¡Oh, cuánto lo siento! Me deja usted anonadado, coronel.

—Su cinismo es mesurado, pero cierto —contestó Fert-Tsu—. Usted ya lo sabía, Allen.

—Coronel, creo que nos estamos convirtiendo en buenos amigos —sonrió el joven—. Sí, estuve anoche hablando con el doctor.

—¿De qué, Allen?

—Oh, ya puede figurárselo; es un tema que nos preocupa a ambos.

—A mí, sobre todo —rezongó Fert-Tsu—. ¿Le dijo algo importante?

—Nada de particular, coronel. Detalles sin importancia, en el fondo. Una cosa puedo asegurarle: estaba vivo cuando me fui.

—Naturalmente. De lo contrario, no estaríamos hablando usted y yo ahora.

—La casa voló con cuantos se encontraban en su interior. La explosión me tiró al suelo —dijo Allen.

—Eso significa que estaba cerca.

—Acababa de irme, pero no vi a nadie sospechoso. Cuando ya iba a subir a mi coche, oí gritos, vi luces y casi enseguida se produjo la explosión. ¿Cómo ocurrió, coronel?

Fert-Tsu sonrió.

—No me gusta que me pillen desprevenido por segunda vez, Allen. En la primera ocasión, los secuestradores fracasaron. Podían acertar a la segunda.

—Y muerto Ekrin, no hay peligro de que la fórmula pase a manos extrañas.

—Justamente.

—Es usted un poco canalla, coronel.

—Lo da el oficio —admitió Fert-Tsu tranquilamente—. Bueno, supongo que con esto quedará advertido, ¿no?

—¿De qué, por favor?

—De no acercarse a Alkbar en absoluto. Usted también me ha caído simpático. Hace una estupenda pareja con Thalia Gazna. No eche a perder su futuro, se lo ruego.

—Qué enternecedor —rio Allen—. Se lo diré a ella, coronel. Gracias por todo.

—Adiós, Eric.

Allen cerró el conmutador y se volvió hacia la joven.

—¿Has oído, Thalia? —preguntó.

—Sí, y estoy muy preocupada, Eric.

—No, si yo me refería a las últimas palabras del coronel —sonrió Allen.

—Esto no es cosa de broma, Eric —dijo Thalia—. Fert-Tsu nos ha amenazado claramente.

Allen suspiró.

—Eso es verdad —concordó—, pero en lo que a mí se refiere, yo pienso seguir hasta el final, cueste lo que cueste.

Thalia se le acercó, tomó su mano y le miró fijamente a los ojos.

—Debo de estar loca —dijo—. Si hace un mes, me hubieran dicho lo que me está pasando ahora, hubiera llamado chiflado al que me hubiese anunciado un disparate semejante.

—Pero no te arrepientes, ¿verdad?

Ella movió la cabeza.

—Ni me arrepentiré jamás contestó.

Desde la ventana de la habitación, Allen miró hacia la calle y lanzó una exclamación:

—¡Estamos bloqueados, Thalia!

Ella corrió hacia la ventana.

—¿Policía? —inquirió.

—No. Fert-Tsu es menos espectacular. Un espía. Míralo, allí, al otro lado de la calle.

Había un hombre parado cerca de la esquina opuesta, en actitud indiferente.

—No parece… —musitó ella.

—¿Qué me dices del casco? Lleva una micro-cámara de televisión, de modo que Fert-Tsu o alguno de sus ayudantes pueda seguir todos nuestros movimientos desde su cuartel general.

—El edificio tiene una salida posterior, Eric.

—Estará vigilada también.

Thalia se mordió los labios.

—Tenemos ya todo listo, pero no podemos salir. ¿Hemos de abandonar, Eric? preguntó.

Allen contestó con un gesto negativo:

—No, ni mucho menos. Espera, voy a recurrir a un medio muy efectivo, que nos dejará el paso libre por la parte delantera.

Allen se separó de la ventana y caminó hacia el fonovisor. Marcó

un número y esperó unos instantes.

La cara de Kwina apareció a poco en la pantalla.

—Tengo que pedirte un favor, Kwina —dijo él.

—¿De qué se trata, Eric? —preguntó la mujer.

Allen se lo explicó con todo detalle. Kwina vaciló unos momentos.

—Te pagaré mil denarios —apoyó él la petición.

—No es el dinero lo que me hace falta —respondió Kwina—. Pero lo haré por ti.

—Gracias, hermosa —sonrió Allen—. Cuanto antes mejor, te lo ruego.

—Sí, Eric.

El joven cortó la comunicación y se volvió hacia Thalia.

—Asunto solucionado —dijo.

—Oye, ¿de qué conoces tú a esa tal Kwina? —preguntó ella, amoscada.

—Querida —contestó él sonriendo—, si has de tener celos de todas las mujeres hermosas que he conocido, perderías el sueño para el resto de tus días.

Se acercó a Thalia y rodeó su esbelto talle con los brazos. Thalia lanzó un profundo suspiro.

—A cuántas les habrás dicho lo mismo —exclamó.

—Querida, inevitablemente llega el momento para un hombre en que encuentra a la mujer que le hacer olvidar a las demás —contestó él, inclinándose para besarla.

Al cabo de unos minutos, se acercaron a la ventana.

—Será interesante —dijo Allen sonriendo.

Pasó un cuarto de hora. De pronto, vio a Kwina caminando por la calle, con aire negligente.

Kwina llevaba en la mano un bolso de buen tamaño. Pasó por la esquina, sin que el espía se fijara en ella apenas. De pronto, Kwina se revolvió y le apostrofó con violencia.

—Usted quería robarme —gritó Kwina.

—Pero, señora...

—¡Ladrón, miserable! ¡Aprovechó que pasaba por su lado para abrirme el bolso!

—Señora...

—Es usted un canalla: ¡Socorro, policía, quieren robarme! —chilló Kwina.

Allen y Thalia sonreían. En la calle se había producido un escándalo más que regular.

Una pareja de agentes se acercaron al corrillo que se había

formado en torno a los dos contendientes. Kwina enseñó su bolso, con furiosos ademanes.

—Llevaba doscientos denarios y me han desaparecido. Este «Dedos Ligeros» me los ha quitado cuando pasaba por su lado…

—Juro que soy inocente —aullaba el espía de Fert-Tsu, dándose a todos los diablos.

Pero los policías no hicieron caso de sus protestas y acabaron metiendo a los dos en un coche policial y llevándoselos de allí.

—Esta es nuestra ocasión —dijo Allen, empezando a preparar el equipo que había de utilizar en su asalto al palacio de Alkbar.

—Me pregunto por qué no se habrá identificado el espía —dijo Thalia, mientras se cargaba a la espalda una pesada mochila.

—Muy sencillo: lo hará en la Comisaría. Ten en cuenta que pertenece a la rama secreta de la P.S.P. y no puede vocearlo por todas partes.

—Fert-Tsu sabrá enseguida que tienen detenido a uno de sus hombres —alegó ella.

—Para entonces, estaremos ya en Alkbar —respondió Allen resueltamente.

Capítulo XIII

Los elevadores anti-gravitatorios les mantenían suspendidos blandamente en el vacío, a unos ciento cincuenta metros por encima de la torre más alta del palacio y a ochocientos de la superficie del lago, brillante placa de color oscuro en la noche.

Debajo de ellos se veían algunas luces. Allen parecía un monstruoso insecto, con una enorme joroba, debido a la gran cantidad de objetos que llevaba consigo. Extrajo una pistola lanzacabos, apuntó hacia el centro del espacio que quedaba entre el islote y la orilla del lago y apretó el gatillo.

Una pesa de plomo, que arrastraba consigo un finísimo hilo de cobre, partió disparada rectamente al principio, curvándose después su trayectoria en una acusada parábola. Allen se caló las gafas telescópicas para ver mejor en la oscuridad.

A los pocos segundos, divisó un leve chapoteo, a unos dos mil metros de distancia. Entonces aflojó la mano y dejó caer la pistola.

El arma descendió a plomo, sujetando el otro extremo del hilo metálico. Cinco segundos más tarde, se produjo un vivísimo fogonazo y se oyó un enorme chasquido.

—¡Abajo! —gritó Allen—. ¡El paso está libre!

Se lanzó en picado perpendicular hacia las cúpulas del palacio, que relucían en las tinieblas. Mientras descendía, sacó de su mochila un extraño aparato, que sujetó por dos mangos similares a los del manillar de una bicicleta.

El aparato parecía una perforadora automática. En realidad, lo era.

Thalia le siguió sin vacilar. Allen alcanzó un determinado punto del tejado y apretó un botón situado en uno de los mangos.

En la proa del artefacto se desplegó una hélice de unos sesenta centímetros de diámetro, que giraba a decenas de miles de revoluciones por minuto. Delante había otra hélice más pequeña, sincronizada en el giro, que abría el primer orificio.

El taladro perforó limpiamente el tejado y todo cuanto encontró a su paso, abriendo un agujero de setenta centímetros. Allen llegó a un desván, lo agujereó también y pasó a una sala llena de cuadros y esculturas valiosas.

Sin detenerse apenas, abrió otro orificio en el suelo de la estancia. La materia volaba pulverizada. Detrás de él, Thalia, con un

potente aspirador, recogía la mayor parte del polvo.

El suelo quedó también perforado. Allen y Thalia se lanzaron a través del hueco.

—¡La Sala de los Reyes! —exclamó Allen instantes más tarde.

Era una vasta estancia, ricamente adornada. Los muros resplandecían con las incrustaciones de oro y piedras preciosas que los recubrían en su casi totalidad.

Adosado a uno de los muros, estaba el trono de los Reyes de Katschuk, una fabulosa joya que en otros tiempos habría excitado la codicia de Allen. Ahora ni siquiera le dirigió una mirada.

Toda su atención estaba centrada en la caja que brillaba en el centro del salón, suspendida en el aire, a diez centímetros de un pedestal de mármol negro, perfectamente pulido. Allen comprobó con no poca satisfacción que la caja que contenía la «ekribarina» presentaba un notable parecido con la que él había construido empleando vidrio común.

El silencio reinaba en el salón. Los gritos del exterior no llegaban allí.

Allen y Thalia se acercaron a la caja. De pronto, Allen agarró a la muchacha por un brazo y la hizo detenerse a un metro del pedestal.

—Cuidado, tiene su cúpula de energía particular —advirtió.

—Y, además, seguramente, algún sistema de alarma.

—Desde luego. Espera un momento; voy a ver sí...

Allen dio una vuelta entera en torno a la columna, que medía unos ciento veinte centímetros de altura, de tal modo que la caja de diamante quedaba casi a la altura de sus ojos. De pronto, notó bajo su pie derecho un ligero movimiento.

Bajó la vista. Movió el pie de nuevo.

Una sonrisa se escapó de sus labios.

—Aquí está el interruptor —dijo.

Arrodillándose, tanteó el suelo con las yemas de los dedos. Un segundo más tarde, la baldosa giraba hacia arriba.

En el mismo instante, se oyó en el exterior el estridente chirrido de un timbre de alarma.

—¡Maldición! —juró Allen.

—¡Date prisa! —rogó ella, muy nerviosa.

Debajo de la baldosa había un hueco, en el que se divisaba un interruptor. Allen alargó la mano para desconectarlo, pero un oscuro instinto le hizo detener el gesto.

Afuera se oían algunos gritos.

—Saca tu pistola, Thalia —ordenó Allen—. No la emplees si no es absolutamente necesario.

Se tendió en el suelo y examinó con atención los alrededores del interruptor. De pronto, divisó un finísimo cable, de una décima de milímetro de grosor, que partía del mango a esconderse en uno de los lados del hueco.

—No descuidan trampas —gruñó, mientras sacaba unas pequeñas tijeras.

Cortó el cable y desconecto el interruptor.

Lanzó un suspiro de alivio. No había pasado nada.

—Ya está —gritó, poniéndose en pie de un salto. En la puerta sonaron algunos golpes. Alguien lanzó un grito:

—¡Llamen al oficial de guardia; él tiene la llave de la puerta!

—Estupendo —sonrió Allen, mientras se acercaba al pedestal y se apoderaba de la caja que ahora descansaba directamente sobre la columna de mármol, falta de la energía que le había sustentado en el aire hasta entonces.

La caja con la fórmula y la muestra de la «ekribarina» fue a parar a una bolsa que Allen había llevado a prevención.

—¡Listos! ¡Arriba, Thalia!

La joven empezó a elevarse. De pronto, miró hacia abajo y lanzó una exclamación:

—¡Eric! ¿No dejas ahí la otra caja?

—Tengo otros planes —contestó él—. Arriba, deprisa.

Thalia ascendió a toda velocidad. Allen empezó a subir también.

En aquel momento, se abrió la puerta del salón y una turba de hombres armados se precipitó a través del hueco.

—¡Por allí van! —gritó uno.

Allen estaba ya a dos pasos del orificio circular que había abierto. Sacó su pistola, apuntó con todo cuidado al hueco donde estaba el interruptor y disparó.

Debajo del interruptor, en efecto, había una trampa que funcionaba caso de no cortarse el cable que la accionaba pero no era de la clase de trampa que Allen había pensado.

No se trataba de un explosivo, sino de un productor de gases narcóticos, que se expandieron con gran rapidez por el salón, formando al mismo tiempo una barrera que hizo invisible a los asaltantes del palacio.

Algunos de los guardias cayeron desvanecidos casi en el acto. Los demás, amedrentados, retrocedieron a la carrera.

Aprovechando la ocasión, Allen y Thalia consiguieron escapar sin dificultades.

—Lo hemos conseguido —rio él, mientras avanzaba a toda velocidad a través de la noche.

—Hay algo que no entiendo —gritó ella, para hacerse oír por encima del silbido del viento—. ¿Por qué no dejaste allí la otra caja?

—Te lo explicaré ahora, querida.

Allen se acercó a la muchacha. Volaban empujados, a unos dos mil metros de altura, envueltos en las sombras de la noche.

Thalia se dio por satisfecha poco después de las explicaciones que le dio Allen.

—Me parece una buena idea —aprobó.

Una hora más tarde, iniciaron el descenso, dirigiéndose a una profunda hondonada en las montañas, donde habían dejado previamente el yate espacial que pensaba utilizar.

Allen y Thalia pusieron pie a pocos pasos del yate.

—Bueno, creo que debemos partir sin más tardanza —dijo él—. Cuanto antes lo hagamos, mejor será.

—Temo que ese programa haya de sufrir ciertas alteraciones, en contra de lo que usted ha planeado, señor Allen —sonó en aquel momento una voz que procedía de la oscuridad cercana.

* * *

Thalia lanzó un pequeño grito de miedo. Allen levantó las manos en el acto.

—Me rindo, general —dijo.

Barrix soltó una risita.

—Sensata actitud —calificó—. Es lo mejor que puede hacer en estos momentos, en efecto.

Varios hombres rodearon a la pareja. Todos estaban armados.

Heryk Wton iba al frente de ellos.

Allen sonrió.

—Cosas de la vida —respondió filosóficamente.

—Me has hecho pasar muy malos ratos, pero esto se ha acabado —dijo el bandido.

—¡Alto! —gritó Barrix en aquel momento.

Wton se revolvió furioso.

—Es mi desquite —gritó.

—Le pago para que me obedezca, Wton —replicó Barrix fríamente—. Y no es una fruslería lo que me ha costado usted hasta ahora.

Wton apretó los labios.

—Está bien —gruñó—, pero usted se marchará...

—Desde luego, me iré de Katschuk —convino Barrix—. Entonces haga con Allen lo que quiera... si él se lo permite. Ahora, y en mi presencia, no toleraré ningún asesinato.

—Mil gracias, general —dijo el joven.

—Creo que ha conseguido lo que quería, de modo que no voy a ensuciarme las manos con su sangre —replicó Barrix—. Porque imagino que eso que lleva en la bolsa es la caja que contiene la fórmula.

—Efectivamente, general.

—Démela.

Barrix alargó la mano. Allen suspiró.

—Tanto trabajo, ¿y para qué? —se lamentó.

—Siempre hay alguien más listo —rio Barrix, a la vez que tomaba la caja que Allen le entregaba—. Conténtese con salvar el pellejo, Eric.

—Gracias otra vez —dijo Allen—. Supongo que podremos irnos ya, general.

—Por supuesto. Ahora el que debe darles las gracias soy yo; usted debe de ser un tipo muy listo cuando ha conseguido sortear todas las trampas que había en Alkbar.

—Sin embargo, usted me ha ganado, general. ¿Cómo lo ha hecho?

—Siguiéndole día y noche —contestó Barrix sin pestañear.

—Eso lo explica todo. ¿Vamos, Thalia?

—Sí, Eric —contestó la muchacha.

Allen y Thalia entraron en el yate espacial. El primero agitó la mano desde la escotilla y luego agitó la mano en señal de saludo.

—Buen viaje —gritó Barrix con ironía.

El aparato despegó. Barrix contempló la caja que contenía el preciado secreto y exhaló un prolongado suspiró:

—Ha costado, pero valía la pena —dijo.

Wton se le acercó y contempló la caja con curiosidad.

—¿De veras vale ese trasto todo el montón de dinero que me ha pagado? —preguntó.

Barrix le dirigió una profunda mirada.

—Le he hecho rico a usted para el resto de sus días, pero, aun así, ha resultado un precio barato —contestó—. Vámonos —ordenó a continuación.

El grupo se dirigió hacia un aparato análogo al de la pareja, que reposaba sobre el suelo a unos cien metros de distancia. Wton, en persona, tomó los mandos.

—¿Hacia dónde ahora, general? —consultó.

—Volvamos a Tsulstaia —indicó Barrix—. Mañana abandonaré este planeta.

—Los ha dejado marchar libres —dijo Wton en tono rencoroso.

—No me gusta el derramamiento de sangre inútil, sépalo de una, vez —contestó Barrix.

La nave despegó.

—Murieron varios de mis hombres —se quejó el bandido.

—Era su oficio —declaró Barrix fríamente—. Y ahora, por favor, haga que me den un martillo pequeño.

—Sí, general.

Uno de los esbirros de Wton trajo el martillo a los pocos instantes.

—¿Va a romper eso, general? —preguntó Wton.

—Solo uno de los departamentos, el que no es peligroso —aclaró Barrix. Soltó una risita—. La caja es de diamante puro; le regalaré los fragmentos que queden después del golpe.

—Con tal de que no lo rompa todo. Esa maldita «ekribarina» me pone muy nerviosa, general.

—No sea aprensivo, Heryk —se burló Barrix—. Nada puede pasar, créame.

Tenía el martillo en la mano y la caja sobre las rodillas, con el departamento que contenía los cuadernillos en la parte superior. Barrix inspiró con fuerza y luego pegó un golpe seco a la tapa de la caja.

La tapa se quebró con sonido musical. Con todo cuidado, Barrix dio dos o tres golpes más, eliminando salientes, hasta que quedó un espacio suficiente para poder extraer los cuadernillos sin riesgo de cortarse.

—Bueno —exclamó al terminar—, ahora vamos a ver en qué consiste esa endiablada fórmula.

—¿Entiende usted de química, general? —preguntó Wton.

—Esto no es solamente química, sino… ¿Eh?

—¡Me ha engañado! —bramó, lívido de ira. Wton se volvió en el asiento.

—¿Qué tonterías está diciendo, general? Esa es la caja que contiene la fórmula para destruir un planeta…

—¡Un cuerno! —aulló el general, blandiendo los dos cuadernillos —. ¡Mírelos, Wton! ¡Allen nos ha tomado el pelo!

Wton contempló estupefacto las hojas que componían los cuadernos.

—¡Están en blanco! —exclamó, atónito.

Capítulo XIV

El astroyate dio una vuelta entera en torno al asteroide que flotaba en el espacio, moviéndose con aparente lentitud, pero, en realidad, siguiendo una veloz órbita excéntrica, que le hacía desplazarse a miles de kilómetros al segundo.

—Creo que este servirá —decidió Allen.

—¿Seguro, Eric?

—Sí. Es bastante grande y está lo suficientemente alejado de las órbitas de los planetas del sistema de Katschuk, como para que su desaparición no produzca alteraciones en esas órbitas, por falta de atracción de su masa.

—Debe de medir unos dos kilómetros y medio en su eje mayor —calculó la muchacha.

—Dos mil ochocientos metros por mil trescientos cuarenta —puntualizó Allen—. Ésas son las medidas de los dos ejes, Thalia.

—¿Y la distancia a Katschuk es de...?

—Ciento veinte millones de kilómetros en estos momentos.

—Que hemos recorrido en poco más de dos días.

—Así es. Disponíamos de un yate muy veloz.

—Las naves de la P.S.P. son aún más veloces, Eric.

—Por fortuna, pudimos evadir su detección —sonrió él—. Bien, creo que es ya hora de que busquemos un lugar adecuado para el aterrizaje.

Momentos después, el astroyate se posaba con toda suavidad en un lugar relativamente llano. Allen y Thalia se embutieron en sus trajes espaciales y un cuarto de hora más tarde, abandonaban el aparato.

—Camina lentamente —aconsejó él—. La gravedad aquí es muy baja y un salto demasiado fuerte podría enviarte disparada al espacio.

—Lo tendré en cuenta —contestó Thalia.

Allen llevaba en las manos la caja que contenía la fórmula y la muestra de la «ekribarina». Atravesado en el cinturón de su traje llevaba un martillo.

—Aquí está bien —dijo de pronto, deteniéndose a unos doscientos metros de la nave.

—Debiéramos haber quemado los cuadernos —observó Thalia.

—¿Para qué? El diamante podría haberse agrietado y entonces

hubiéramos corrido un riesgo innecesario. Desaparecerán con el asteroide cuando la «ekribarina» empiece a causar sus efectos.

Allen se arrodilló y dejó la caja en el suelo. Thalia contemplaba las operaciones con interés.

—Me pregunto qué habrá dicho el general Barrix cuando se haya dado cuenta del cambiazo —sonrió la muchacha.

—Quizá no lo sepa todavía —contestó Allen.

—¿Te imaginabas que Barrix podía sorprendernos?

—Barrix u otro cualquier —dijo él—. No lo sabía con certeza, pero quise estar prevenido.

—De verdad, fue una buena idea. A mí ni siquiera se les ocurrió registrarme.

—Vieron la caja y ello fue suficiente.

—Se cegaron al creer que habían conseguido su objetivo.

—Sí, eso es lo que ocurrió.

—¿Y Fert-Tsu? ¿Qué habrá dicho cuando se enterara de que conseguimos asaltar el palacio? —preguntó ella aprensiva.

Allen la miró, sosteniendo el martillo en alto.

—Al regreso vamos a vernos envueltos en un buen jaleo —pronosticó.

—Yo he roto el convenio que hice con el gobierno —suspiró ella.

—¿Lo lamentas?

Thalia meneó la cabeza.

—No. Estoy convencida de que he obrado bien. Un arma como la «ekribarina» merece ser destruida. Nadie puede arrogarse el derecho de decir cómo y cuándo debe ser destruido un planeta.

—Lo mismo pienso yo —concordó Allen.

Y se dispuso a descargar el golpe sobre la cubierta de diamante de la caja.

—¡Alto! —sonó en aquel momento una voz a través de las radios individuales—. ¡Deje ese martilla quieto o lo desintegro!

* * *

Thalia lanzó un grito de miedo. La mano de Allen se crispó con fuerza en torno al mango de la herramienta.

—¡Coronel Fert-Tsu! —exclamó.

—El mismo —confirmó el interpelado, avanzando hacia la pareja pistola en mano—. Usted fue muy listo, Eric, pero no tuvo en cuenta los poderosos medios de la P.S.P.

—Nos hemos entretenido demasiado charlando —reconoció el joven con amargura.

—Por la boca muere el pez, refrán terrestre —dijo jovialmente.

Fert-Tsu se echó a reír.

Thalia se encaró con el coronel.

—¿Qué va a hacer con nosotros? —preguntó.

Fert-Tsu la miró de soslayo.

—Usted estableció un pacto con el gobierno. Lo ha quebrantado.

—Eso significa prisión de por vida —comentó Thalia en tono sombrío.

—Puedo olvidar lo sucedido —apuntó Fert-Tsu.

—No lo hará gratuitamente, supongo —terció Allen.

Fert-Tsu sonrió.

—Me conmueve el idealismo de ustedes dos —manifestó—. Por desgracia, los idealismos no tienen cabida en nuestra época.

—Eso mismo se ha dicho desde hace siglos —contestó Allen—. Pero siempre existieron hombres valientes, capaces de dar la vida por el ideal que sentían.

—¿Se considera usted uno de esos hombres, Eric?

—Sí, coronel.

Fert-Tsu guardó silencio un momento.

Luego dijo:

—Recuerde, le estoy apuntando con una pistola desintegradora.

—El martillo está situado justamente sobre la caja. Estoy mirando a su dedo índice. Usted no lo crispará tan rápidamente para apretar el gatillo, que yo no pueda soltar esto que tengo en la mano. El martillo caerá sobre la caja y el diamante se quebrará.

Fert-Tsu lanzó una maldición.

—Estamos en tablas —reconoció.

—Por la boca muere el pez —sonrió Allen, repitiendo la frase pronunciada por su interlocutor unos momentos antes.

—Es verdad —masculló el coronel—. Hagamos un trato, Eric.

—Olvídelo, Fert-Tsu. Estoy completamente decidido a destruir la fórmula, sin reparar en las consecuencias.

—La «ekribarina» debe borrarse incluso de la memoria de las gentes —declaró Thalia en tono apasionado.

—¡Maldita sea! —gruñó Fert-Tsu—, otra idealista.

—Así es, coronel —contestó ella.

—Hagamos un trato —repitió Fert-Tsu—. Dinero, lo que quieran. Puedo disponer de fondos ilimitados…

—¡No habrá trato alguno! ¡La «ekribarina» es para mí! —sonó en aquel momento la tonante voz del general Barrix.

* * *

Seguido de Wton y de un par de forajidos, Barrix avanzó hacia el

trío. Detrás de ellos, a cincuenta pasos, Allen vio asomar por unas rocas la estructura de la nave en que Barrix y sus acompañantes habían llegado hasta el asteroide.

—¿Cómo nos han encontrado? —preguntó Allen.

Barrix rio en el interior de su casco espacial.

—Siguiendo al coronel —dijo—. Adonde él se dirigiera, tenía que hallarse la «ekribarina». Allen, ¿quiere ahora darme la caja auténtica?

—No —contestó el joven con decisión.

—Dispararé contra usted —amenazó Barrix.

—Hágalo, general —contestó el joven imperturbable.

Hubo un momento de silencioso desconcierto. De pronto, Wton, levantando su pistola, dijo:

—Yo lo haré con usted, general. Y con mucho gusto, además.

En aquel instante, Fert-Tsu apretó el gatillo de su pistola. Hubo un vivísimo chispazo, un grito de cortísima duración y el general Barrix desapareció en menos de un segundo.

El martillo de Allen voló raudamente y alcanzó la pistola de Wton, haciéndola saltar de su mano. Se oyó un rugido de rabia.

—¡Quietos! —ordenó Fert-Tsu—. Desintegraré al primero que se mueva.

Los bandidos, paralizados por el asombro, no se atrevieron a oponer resistencia. De pronto, Allen agarró la caja con ambas manos, y alzándola sobre su cabeza, la estrelló contra el suelo con todas sus fuerzas.

El diamante se rompió en mil fragmentos y la pastilla de «ekribarina» rodó por el suelo. Un surtidor de diminutas chispas, como puntitos luminosos, que medían menos de un milímetro, empezó a brotar de la tierra en el acto.

—Nos vamos a desintegrar —chilló uno de los bandidos, espantado.

Y echó a correr hacia su nave.

Su compañero le siguió en el acto. Wton lanzó un rugido de rabia.

—Thalia, tenemos que irnos —dijo Allen con calma.

—Lo ha conseguido —murmuró Fert-Tsu en tono sombrío.

—Es el fin de la «ekribarina» —declaró Thalia—. Me siento más alegre que nunca.

Ya se había producido en el suelo un hoyo que medía más de un metro de diámetro. El avance del proceso descohesionador se producía a ojos vistas, con inusitada rapidez.

Lanzando un grito de pánico, Wton dio media vuelta

súbitamente y echó a correr hacia su astronave. Alcanzó la escotilla, pero un pie le golpeó en el pecho y lo derribó de espaldas.

—¡Estás contaminado! —chilló uno de sus esbirros.

Allen agarró a Thalia con una mano y echó a correr. Fert-Tsu les imitó segundos más tarde.

—Antes de una hora, habrá desaparecido el asteroide —profetizó Allen.

Y ya se disponían a entrar, cuando Fert-Tsu les alcanzó en cuatro saltos.

—Iré con ustedes —anunció llanamente—. Mi nave está averiada. Debe de haber recibido algún disparo involuntariamente.

El astroyate se elevó a los pocos minutos. A prudente distancia, los tres contemplaron los espantosos efectos de aquel proceso de descohesión molecular, que convertía al asteroide en polvillo cósmico.

De pronto, oyeron unos gritos terribles a través de la radio.

—¡Wton! ¡Se quedó allá abajo! —exclamó Thalia.

Allen inició el descenso, pero Fert-Tsu puso una mano sobre su brazo.

—No sea loco —dijo—. Mire hacia allá abajo.

El asteroide se deshacía a ojos vistas. Chorros de minúsculas chispas brotaban de todas partes.

—Wton morirá descohesionado —manifestó Allen.

—Es un asesino —calificó Fert-Tsu fríamente.

Allen enfocó el visor telescópico del astroyate. A través del instrumento, divisó una minúscula figurilla que corría desalada por la superficie del asteroide.

Un chorro de chispas alcanzó de pronto al bandido. Se oyó un seco alarido y luego sobrevino el silencio.

—Volvamos a Katschuk —dijo Fert-Tsu.

Thalia suspiró.

—¡A la cárcel! —exclamó.

Fert-Tsu movió la cabeza. Tenía la vista fija en el asteroide, cuyo tamaño se reducía con espantosa rapidez.

—No —dijo—. No podría hacerlo. Ahora me veo obligado a darles la razón. Han hecho bien destruyendo la «ekribarina». Era una fórmula para destruir un planeta... y lo que se debe hacer es encontrar una fórmula para reconstruirlo, para construir muchos...

—Eso no es fácil, coronel —replicó Allen sonriendo.

Fert-Tsu miró a la pareja a su vez.

—Los planetas no se construyen artificialmente, pero sí la vida que los puebla —dijo en tono sentencioso—. Y la fórmula que van a

emplear los dos es la mejor de todas.

—El amor —dijo Thalia, recostándose en el hombro de Allen.

—Sí, el amor —corroboró Fert-Tsu—. La mejor fórmula de todas.

FIN

Próximo número:

¡Eran seres de otro planeta
que intentaban una invasión pacífica!
Pero... ¡ah, los hombres somos así!

NO SOMOS TERRESTRES

por

PETER KAPRA